

REVISTA EUROPEA

NÚM. 281.

13 DE JULIO DE 1879.

AÑO VI.

LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES.

Conclusion (1).

Podríamos seguir citando muchos ejemplos incontestables de razonamiento por parte de los animales, que nosotros mismos hemos observado; pero nos falta tiempo y espacio para ello.

Pasaremos, pues, á ocuparnos de la manifestacion de los sentimientos. En los órdenes inferiores, los sentimientos están muy poco desarrollados y hasta no existen, por decirlo así; en los animales superiores, por el contrario, tienen grande desarrollo; es decir, que las emociones son vivas y fáciles de excitar, pero poco profundas y muy fugaces. Se diferencian, pues, de las de la mayor parte de los hombres civilizados en una facilidad mayor de excitacion, y en que sus manifestaciones son más enérgicas, pero sin dejar en pos de sí más que una pequeña huella. Hé aquí los sentimientos cuya existencia hemos podido nosotros comprobar en los animales superiores: el temor, la afecion, la cólera, el espíritu batallador, los celos, la simpatía, el orgullo, el respeto, la emulacion, la vergüenza, el odio, la curiosidad, la venganza, la crueldad, el sentimiento de lo burlesco y de lo bello. Se ve que esta lista comprende casi todos los sentimientos del hombre, salvo los que se relacionan con las creencias religiosas y la perfeccion de lo sublime. Estos últimos faltan necesariamente en los animales, porque dependen de ideas de una naturaleza demasiado abstracta, y en razon á que el ingenio puede llegar á ellas sin el concurso de la lógica de los signos. La falta de espacio no nos permite detallar ninguna de nuestras observaciones ó experiencias sobre la vida emocional de los animales. Vamos, pues, á tratar de la facultad de conciencia. El sentido moral, tal como existe en el hombre, supone ideas muy abstractas; de suerte que no podemos encontrar en los animales más que un sentido moral bajo una forma completamente rudi-

mentaria. Áun cuando fuese cierto que no se reconozca en los animales ninguna indicacion de este sentido, este hecho no probará diferencia alguna de naturaleza entre la inteligencia de los animales y la del hombre. Pero nos inclinamos á creer que animales muy inteligentes, muy simpáticos, tratados bastante bien, dejan ver ciertos gérmenes de sentido moral. Citaremos dos ejemplos:

Teníamos un perro zorrero de la isla de Skye, al que me ocurrió un dia encerrar en una habitacion mientras fui á visitar á un amigo; el animal, sin duda, se enfureció al verse abandonado en la casa, pues al regresar noté que habia destrozado las cortinas del bálcon. Al verme volver se puso muy contento; pero reparando que yo cogia uno de los pedazos de la cortina, lanzó un gruñido y corrió á refugiarse en el piso superior. Aquel perro nunca habia recibido golpes, de suerte que no pude explicarme su conducta sino como expresion del remordimiento que experimentaba por haber hecho, en su cólera, una cosa que comprendia debia serme desagradable. Segun mi manera de ver, el recuerdo de la falta, unido á su afecion por mí, habia hecho nacer en su espíritu un verdadero arrepentimiento.

Segundo ejemplo:

Aquel mismo perro sólo habia robado una vez en su vida. Un dia, obligado por el hambre, cogió una chuleta que estaba sobre la mesa y se la llevó bajo un sofá. Yo fui testigo de aquel robo, pero me hice el desentendido, y el culpable permaneció muchos minutos en su escondite luchando entre el deseo de satisfacer su hambre y el sentimiento del deber. Este último concluyó por triunfar, y el perro vino á depositar á mis piés la chuleta robada. Hecho esto, volvió á ocultarse bajo el sofá, de donde, apesar de llamarle, no le pude hacer salir. En vano le pasaba dulcemente la mano por la cabeza; esta caricia no tuvo otro resultado que hacerle volver la cara con aire de contricion verdaderamente cómico. Lo que da un valor particular á este ejemplo, es que el perro nunca habia sido castigado; de suerte que aquello no pudo ser hijo del temor de un castigo corporal. En tales acciones debemos ver un desarrollo de

(1) Véase el núm. 27, pág. 14.

la facultad de la conciencia tan elevado como lo puede ofrecer la lógica de los sentimientos sin el concurso de la lógica de los signos; es decir, un grado casi tan alto, si no igual, como el que se encuentra en los salvajes inferiores, en los niños, y en un gran número de idiotas y sordomudos sin educación.

Los salvajes, los niños, los idiotas y los sordomudos nos llevan naturalmente al siguiente punto de este estudio. M. Saint George Mivart ha dicho que se podría escribir un interesante libro sobre la estupidez de los animales. Nosotros creemos que se puede escribir otro más interesante sobre la estupidez de los salvajes. Poco importa, en efecto, el grado de estupidez que puedan tener cierto número de animales, si otro cierto número presentan la suficiente sagacidad para alimentar ó abastecer de datos á la teoría general de la evolución; y por el contrario, es de la mayor importancia para la ciencia de nuestro siglo comprobar el grado mínimo que puede alcanzar la inteligencia humana. Además, es incontestable que la distancia que separa al salvaje más degradado del animal más inteligente es enorme, si se le considera bajo el punto de vista psicológico; pero por enorme que sea, nada demuestra que haya podido ser franqueada en los innumerables siglos del pasado.

En los salvajes, las ideas abstractas se limitan, por lo general, á las que puede dar la lógica de los sentimientos; por ejemplo, según las observaciones y juicio de Mr. Galton, las ideas de número que tienen los salvajes de razas inferiores no superan ciertamente á las que se encuentran en los animales superiores. Los salvajes apenas llegan hasta las ideas que en los animales proceden de asociaciones de ideas especiales. En tales hombres, como en los animales, vemos una tendencia notable á seguir costumbres anteriores más bien que á adoptar nuevos y perfeccionados modos de acción. Por esta razón consideramos á los salvajes y á los animales más dispuestos á imitar que á innovar. En el salvaje como en el animal la reflexión está muy poco desarrollada, y es incapaz para la aplicación sostenida. En fin, las emociones del salvaje y las del animal son muy vivas; pero comparándolas con las del hombre civilizado, se las encuentra mucho más bruscas y más impetuosas, aunque poco profundas y poco durables. Así, considerando el conjunto de los hechos, la inteligencia del salvaje nos parece que presenta una base de transi-

ción muy importante de comprobar, entre nuestra propia inteligencia y la que se manifiesta en los animales superiores.

En cuanto á los niños, la teoría general de la evolución por herencia nos permite admitir *á priori* que estudiando con atención el orden en que se desarrollan sus facultades intelectuales, en él debemos encontrar, por decirlo así, el resumen del orden con que esas facultades se han desarrollado en el curso de la evolución de la especie humana. La experiencia confirma esta opinión teórica. Los niños no tienen más que las facultades intelectuales inferiores, á que damos el nombre de instintos en los animales. Cuando crecen, el primer indicio de inteligencia verdadera parece ser la facultad de formar ciertas asociaciones de ideas. Así la memoria se manifiesta muy pronto, y mucho tiempo ántes de saber hablar, el niño asocia por medio del pensamiento las ideas de los objetos que encuentra asociados en la vida real. Las emociones también se manifiestan muy pronto, tomando un gran desarrollo ántes que ninguna de las facultades esencialmente humanas haya hecho su aparición. Además, los niños presentan casi todas las emociones cuya existencia hemos comprobado en los animales y con los mismos caracteres generales. Más tarde, cuando ya son mayores, su vida emocional llega á ser parecida á la de los salvajes. En cuanto á las facultades más puramente intelectuales del niño, se puede reconocer fácilmente que comprende la palabra mucho tiempo ántes de que pueda valerse de ella; después, muy poco tiempo después, cuando sabe articular, empieza á desarrollarse la facultad de abstraer las cualidades y de clasificar los objetos por medio de signos. Recientemente hemos estudiado al hijo de uno de nuestros mejores observadores, niño que empieza á hablar. A un pato le ha dado el nombre de *cuac*, y por una asociación de ideas muy especial, el mismo nombre da al agua. La apreciación del parecido de las cualidades le ha hecho enseguida aplicar el nombre de *cuac* á todos los pájares é insectos, por una parte, y á todos los líquidos, por otra. En fin, por una apreciación de semejanza todavía más delicada, el niño ha concluido por dar el nombre de *cuac* á todas las monedas, porque un día vió en un sueldo el águila francesa. De modo que para este niño, la palabra ó signo *cuac*, después de haber tenido en un principio un sentido especialísimo, ha tomado una significación cada vez más

extensa, llegando á designar objetos tan diferentes en la apariencia como lo son una mosca, el vino y una moneda. Y este procedimiento nos ofrece á la vez el principio de la lógica de los signos, y la idea más abstracta en fuerza. Poco tiempo despues que el niño empieza á hablar, es cuando se ve apuntar en él la razon humana propiamente dicha.

En resúmen, el estudio de la psicología del niño da exactamente el género de resultados que la teoría general de la evolucion nos daba ocasion de esperar. Pero cuando se compara la inteligencia de un niño con la de un animal ya grande, puede muy bien objetarse que las facultades físicas de los niños, estando tan poco desarrolladas en la primera edad, su inteligencia no puede, como la de los animales, adquirir la experiencia de la vida. Para que la comparacion fuese justa, necesitaríamos, pues, un sér humano cuyas facultades intelectuales hubiesen sido desde el principio detenidas en su desarrollo, miéntras que las facultades físicas hubieran continuado el suyo hasta la edad madura; resultando de aquí el aborto de una inteligencia humana con toda la experiencia física de la vida. El estado que más se acerca á estas condiciones es el de los idiotas. A los principales médicos, especialistas en el tratamiento de idiotas, hemos dirigido preguntas idénticas, y las respuestas obtenidas sobre el asunto casi todas están conformes.

Directamente hemos examinado un crecido número de idiotas, y aprovechamos esta ocasion para agradecer á MM. Beech, Crochton, Brown, Langdou, Dowu, Ireland, Maudsley, Savage y Suttlewoth sus buenos servicios. No podemos, por supuesto, citar aquí los hechos más notables suministrados por aquel exámen.

Como el idiotismo puede existir en todos los grados, desde luégo hemos tratado de determinar el orden en que las diferentes facultades intelectuales se debilitan y desaparecen á medida que se desciende de los grados más altos á los más bajos de la imbecilidad. Segun la teoría general de la evolucion, las facultades más esencialmente humanas, es decir, las últimas desarrolladas, son las que deben desaparecer las primeras, miéntras que por el contrario las facultades que el hombre tiene en comun con los animales inferiores, deben ser las más persistentes. Los hechos que hemos podido observar están perfectamente con la teoría. Si empezamos por el grado más bajo de la escala, vemos que

en los idiotas, lo mismo que en los animales inferiores, el primer destello de inteligencia se manifiesta invariablemente por la facultad de asociar ideas concretas simples. Son contados los idiotas, por poca inteligencia que tengan, en quienes la vista de algun alimento no despierte la idea de comer; y subiendo la escala del idiotismo, vemos extenderse poco á poco la influencia del principio de asociacion. En los idiotas del orden más elevado, como en los animales superiores, la facultad de asociar ciertas ideas está desarrollada hasta un punto que verdaderamente sorprende apesar del aborto de todas las facultades superiores. Así, por ejemplo, no es muy difícil enseñar á un idiota un poco desarrollado á jugar al dominó, lo mismo que se puede enseñar á un perro inteligente, es decir, por ciertas asociaciones de ideas especiales.

Pero este mismo idiota podrá ser tan incapaz como el perro de aprender un juego para el que sea necesario comprender un razonamiento sencillo, por ejemplo, el juego de damas. Á un gran número de idiotas se les ha podido enseñar á conocer, por asociaciones especiales, la hora que marca un reloj; pero la facultad muy desarrollada de formar asociaciones especiales que necesita esta accion, se observa en inteligencias que son absolutamente incapaces de contestar á una pregunta tan sencilla como la siguiente: «Son las tres menos diez; ¿cuántos minutos hace que eran las dos?» Se ve, pues, que en los idiotas, como en los animales, la facultad de formar asociaciones de ideas especiales entre las ideas concretas, alcanza un grado de desarrollo relativamente elevado. Pasemos ahora á la facultad de abstraccion y á la razon. Aunque esperásemos encontrar estas facultades casi nulas, nos ha sorprendido en extremo el ver hasta qué punto lo son. La facultad de formar ideas abstractas que dependen de la lógica de los signos, no se muestra más que en los idiotas del orden más elevado, y muy débilmente; y aun cuando existe esta facultad, sólo se significa en un grado casi imperceptible. La idea del bien y del mal, por ejemplo, parece faltar casi por completo; además, puede decirse que la conciencia propiamente dicha no existe en los idiotas. Es verdad que la mayor parte de los idiotas más elevados sienten remordimientos cuando hieren las simpatías de aquellos que aman, lo mismo que nuestro perro los tuvo despues de haber desgarrado las cortinas; pero casi nunca hemos podido comprobar que

un verdadero idiota haya obedecido en un acto cualquiera á la idea abstracta del bien y del mal, independientemente de la idea de la aprobacion ó de la censura de aquellos á quien tiene amistad.

La facultad del razonamiento tambien está reducida á su más simple expresion, y tanto que el observador se maravilla de la falta casi total de razonamiento que puede presentar una inteligencia humana, aparentemente bien desarrollada en casi todas las demas relaciones. Solamente citaremos un ejemplo, pero que es realmente típico. Conocemos un muchacho de catorce años, que era incontestablemente idiota, en el que muchas facultades estaban, sin embargo, suficientemente desenvueltas. Su memoria, por ejemplo, superaba el término medio ordinario, y sin trabajo aprendia el latin, el frances, etc. Ademas calculaba de memoria el producto de dos cantidades de dos cifras, ó el de un número de tres cifras por un solo guarismo. En estos cálculos no le aventajaban los niños de su edad. Y apesar de esto, cuando una cuestion exigia el razonamiento más sencillo, era incapaz de resolverla. Un ejemplo: no podia calcular cuántos medios shillings tiene un soberano, sabiendo muy bien que un shillings contiene dos medios, que un soberano tiene veinte shillings, y en fin, que dos veces veinte hacen cuarenta.

Aquel niño conocia muy bien su estado psicológico. Hablando de la facultad que tenía de formar asociaciones de ideas especiales y conservarlas en su memoria, decia: «Una vez entrada una cosa en mi cabeza, no es fácil hacerla salir; pero es inútil pedirme que resuelva problemas.

En fin, la vida emocional de todos los idiotas superiores, como la de todos los animales superiores, presenta una viveza notable en comparacion con su vida intelectual. Tienen todos los sentimientos, salvo quizá los de lo sublime y de la religion, y, bajo el aspecto de la viveza, estos sentimientos deben clasificarse generalmente en el orden que hemos indicado al hablar de los animales.

Ademas, en los idiotas, como en los animales, los niños y los salvajes, las emociones, aunque muy vivas, nunca son profundas. Un acontecimiento insignificante hará reir ó llorar á un idiota del orden superior; la más ligera ofensa le herirá, y al mismo tiempo en pocos dias olvidará la muerte de un pariente querido. En el idiota, las pasio-

nes más enérgicas, como el amor, el odio, la ambicion, etc., no existen con la suficiente fuerza y persistencia para merecer tales nombres.

En resúmen, pues, podemos decir que los idiotas suministran una experiencia psicológica natural, presentando sérés humanos en los que el desarrollo de la inteligencia ha sido detenido en un punto particular de su curso, mientras que el cuerpo ha continuado su crecimiento. Así, la clasificacion de los idiotas por gradacion descendente nos ofrece en cierto modo un plano inclinado de la inteligencia humana, que indica el orden probable en que se han manifestado las facultades humanas durante el período de su desarrollo; y el exámen de este plano inclinado de la inteligencia humana nos demuestra un paralelismo muy significativo entre él y el de la inteligencia de los animales, siguiendo igualmente para ellos una gradacion descendente.

Los límites en que necesariamente debemos encerrarnos, no nos permiten ya tratar más que un solo punto. Como, en nuestra opinion, el lenguaje, es decir, la lógica de los signos, desempeña un papel esencial en el desarrollo de la vida intelectual superior del hombre, hemos creido que el estudio del estado intelectual de los sordomudos que aún no han sido educados, podia llegar á ser un precioso medio de comprobar la exactitud de esta manera de ver. Sucede con frecuencia que los sordomudos nacidos de padres pobres, se ven tan abandonados que no se les enseña ni el lenguaje de los dedos, ni ningun otro sistema de signos por el que puedan conversar con sus semejantes. Resulta de esto, naturalmente, que esos desgraciados niños crecen en un estado de aislamiento intelectual, casi tan completo como el de los animales inferiores. Pero si un niño que ha crecido en este estado, cae enseguida en manos de un hombre que le instruye, puede, una vez hecha su educacion, dar cuenta de lo que experimentaba cuando se hallaba aún en su aislamiento intelectual. Hemos obtenido todos los datos posibles sobre el estado intelectual de los sordomudos sin cultura, y todos los testimonios de estos infelices concuerdan perfectamente. Á falta de todo lenguaje, el espíritu puede pensar, segun la lógica de los sentimientos, pero no puede nunca elevarse hasta las ideas abstractas superiores á las que resultan de esta lógica. Los sordomudos sin cultura tienen

las mismas ideas del bien y del mal, de la causa y del efecto, etc., cuya existencia se ha comprobado en los animales y en los idiotas. Su pensamiento afecta siempre la forma más concreta: así, un sordomudo cuya instrucción había sido muy tardía, nos dijo que antes de ser educado, pensaba siempre en imágenes. Además, un hecho que prueba que nunca pueden llegar á las ideas abstractas propiamente dichas, -aun del orden ménos elevado, es que jamás hemos podido alcanzar la certeza de que un solo sordomudo, antes de recibir educación, pudiera formarse por sí mismo alguna idea del mundo sobrenatural. Este hecho es notable, en nuestro concepto, no solamente porque tenemos derecho á suponer que cualquiera grosera forma de fetiquismo ó de culto de los espíritus no sería un sistema demasiado abstracto para ser concebido por la inteligencia de un hombre civilizado, áun sin auxilio exterior, sino también porque el entendimiento de los sordomudos no carece en absoluto de esa clase de auxilios. Por el contrario, la familia del sordomudo hace generalmente todo lo que puede para comunicar á su espíritu alguna idea de la forma de religión que ella misma sigue. Pero se comprueba siempre que en tanto que el sordomudo esté privado de lenguaje, no puede recibir ninguna idea de esta especie. Sabemos por el reverendo señor Smith que uno de sus discípulos, sordomudo, creía, antes de haber recibido educación, que la Biblia había sido impresa en el cielo, con una prensa manejada por operarios dotados de enorme fuerza: tal fué el sentido que el sordomudo consiguió dar á los gestos con que sus padres habían tratado de hacerle comprender que la Biblia contiene una revelación hecha por un Dios poderoso que habita en el cielo. M. Graham Bell nos refirió otro caso parecido: el de un sordomudo que estaba en la creencia de que sólo se va á la iglesia para rendir homenaje al clero.

En resumen, el estado intelectual de los sordomudos privados de cultura nos enseña que sin el concurso del lenguaje el espíritu del hombre está al mismo nivel que el del animal, respecto á la facultad de formar ideas abstractas. Así, las pruebas recogidas sobre todos los puntos de la cuestión, nos conducen al mismo resultado; la única diferencia que existe entre la inteligencia del hombre y la de los animales inferiores, es que la del hombre ha podido desarrollar el gér-

men del pensamiento racional, que en la de los animales se halla en embrión, y que el desarrollo de este germen se debe á la facultad de abstracción hecha posible por la facultad de hablar. No vacilamos, pues, en declarar que la palabra es la primera fuente ó el origen de la enorme diferencia que existe ahora entre la inteligencia del hombre y la de los animales inferiores. Pero ¿basta esto para poder decir que la del hombre no es de la misma naturaleza que la de los animales? Dejamos á nuestros lectores el cuidado de responder á esta pregunta. Quedaríamos satisfechos si pudiéramos hacerles comprender que preguntar si la diferencia que existe entre la inteligencia del hombre y la de los animales es una diferencia de naturaleza ó de grado, equivale á preguntar si la palabra es de origen natural ó sobrenatural. Sin embargo, diremos francamente que ante la enorme importancia de la palabra como instrumento psicológico, cuando nos preguntamos si sirve para establecer una diferencia de naturaleza entre el hombre y el resto de los seres vivientes; cuando tratamos de explicarnos por qué ningún animal ha aprendido á comunicarse con sus semejantes por medio de la palabra; cuando reflexionamos en la delicadeza de las condiciones que según las hipótesis naturalistas han debido producir el lenguaje articulado, condiciones á la vez anatómicas, fisiológicas, psicológicas y sociológicas; cuando consideramos todo esto, dejamos de asombrarnos de que la facultad tan complicada de la palabra no se haya desarrollado más que en el *homo sapiens*. La generación de que formamos parte ha visto realizarse en el pensamiento una revolución sin igual en la historia de la raza humana. No queremos solamente decir que durante este siglo, todas las ciencias, sin excepción, han dado un paso adelante mucho más considerable que el que nos presentan las épocas anteriores de actividad intelectual, sino también que en la ciencia biológica en particular nos ha sido posible ser los primeros en ver enunciar de una manera racional, demostrar de un modo práctico y aceptar bajo una forma general la gran doctrina de la evolución. Para nosotros es éste un hecho de una importancia sin igual en la historia del pensamiento, no sólo porque sabemos que ha transformado completamente el estudio de la vida, haciendo de él, en vez de una acumulación de observaciones sin ningún enlace, un conjunto racional de principios fundamentales, sino

tambien porque ahora se puede ver claramente que los resultados obtenidos hasta aquí por la teoría de la evolucion no son más que la señal de los que debe alcanzar en el porvenir. Sabemos qué progresos han seguido en astronomía á la demostracion matemática de la ley de gravitacion, y es imposible dudar qué progresos más importantes todavía deben resultar para la ciencia mucho más compleja de la biología con la demostracion práctica de la ley de evolucion. Por nuestra parte, estamos convencidos de ello profundamente; y puesto que este enorme cambio en nuestros medios de conocer y en nuestros pensamientos es debido casi exclusivamente al trabajo de un solo hombre, no vacilamos en declarar que la historia entera de las ciencias no contiene un nombre más digno de veneracion que el nombre inmortal de Cárlos Darwin.

Pero ¿por qué concluir así con el panegirico de la teoría de la evolucion? nos dirá acaso alguno. A lo cual contamos desde luégo que si en el estudio de la vida es esta teoría el principio fundamental que une todos los hechos de la ciencia, no cabe duda de que en el estudio de la inteligencia no sería ménos importante.

Aunque sólo nos hallemos todavía en la aurora de la ciencia psicológica, nos basta abrir los ojos para ver que la teoría de la evolucion aparece aquí como un sol de verdad, eclipsando todas las débiles luces de las anteriores teorías, disipando las supersticiones como vapores producidos por la oscuridad, y descubriendo á nuestra encantada vista las maravillas de un mundo ántes invisible. La conclusion que quisiéramos poder grabar en todos los espíritus es la de la unidad de la inteligencia, unidad que demuestra el estudio de la psicología comparada, no ménos que el estudio de la anatomía comparada. La gloria eterna de nuestro siglo será la de haber tan inmensa trasformacion en nuestra manera de ver.

G. J. ROMANES.

(Traduccion de B. de la Loma.)

LA PAIRÍA HEREDITARIA

Y LA VITALICIA

LA CÁMARA DE LOS LORES EN EL REINO UNIDO (1)

I

PENSAMIENTO DEL AUTOR AL EMPRENDER EL PRESENTE ESTUDIO.

Poco más de un año ha trascurrido desde que, en 12 de Marzo de 1878, tuve la honra de leer en nuestra Real Academia un estudio sobre la organizacion de los trabajos y las circunstancias más notables del régimen interior de la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña, con motivo de un artículo que, tomado del *Blackwood's Magazine*, habia reproducido *La Revue Britanique*. El autor de él, que áun cuando ocultó su nombre declaraba ser uno de los miembros de la Asamblea referida, ha publicado en *The Westminster and Foreign Quarterly Review* otro importante artículo, referente á la Cámara de los Lores. Me ha parecido, por lo mismo, oportuno dar cuenta de él á nuestra corporacion, como el complemento, por decirlo así, del estudio primitivo hecho acerca de las costumbres parlamentarias inglesas, poco conocidas en nuestro país. Constituye, por otra parte, un objeto muy digno de llamar la atencion de las personas entendidas, y que, segun á los señores académicos acontece, por la índole peculiar de su cometido, deben tomar naturalmente parte en la dilucidacion de cuantos asuntos se relacionan con la manera que haya de servir de guía segura para la organizacion de las Asambleas políticas deliberantes.

Siguiendo la línea de conducta que he solido adoptar en otros informes, no me limitaré á consignar los hechos principales y los juicios que, relativamente á ellos, emita el articulista, sino que ocupándome en comentarlos y en ampliar el objeto que aquél se propuso en apoyo de sus ideas, y que no siempre encuentro aceptables, voy á exponer algunas de las observaciones que se me ocurren sobre el particular. Al hacerlo así, pero encerrándome dentro de los límites de que, segun es costumbre, no exceden los estudios ó trabajos de la clase del actual, tengo muy en cuenta que, si hubieran de debatirse con-

(1) El presente estudio fué leído por su autor en la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

venientemente todas las múltiples cuestiones á que puede prestarse una materia tan grave y trascendental, sería preciso un escrito más extenso y meditado que el presente, y si se quiere hasta un libro, dedicado á discutir en todos sus detalles las cuestiones que se ofrecen. Reducido á más modestas pretensiones fué el propósito que tuve ánimo de llevar á cabo desde el principio, y que realizó en los momentos actuales.

Tal vez algun dia lo haga, si dispongo del tiempo necesario para ello, desocupado de otras atenciones públicas que ahora me rodean, y el estado de mi salud tambien lo permite. Precisaría entónces, sin perjuicio de desarrollarlas en la forma oportuna, las razones de las ideas que abrigo y forman mi convicción acerca de este punto esencial de la organizacion de los gobiernos representativos.

Al ser ventilado cual corresponde, no ha de olvidarse que la Asamblea aristocrática inglesa es una institucion privativa y áun original de aquel país, por su carácter y por las circunstancias con que se halla constituida. Despues de diversas peripecias fué restablecida en 1660, sin que, apesar de las tentativas realizadas, se haya conseguido imitarla con iguales buenos resultados en otras naciones.

El estudio hecho así exigiria, pues, un plan profundamente pensado y detenidamente desenvuelto, haciéndose cargo, con el fin de ratificarlas, de las opiniones de las personas que hayan podido servir de norte en los juicios emitidos, y con el de refutar las de los que abriguen otras contrarias.

Para el caso de llegar á ponerse por obra aquel intento, deseo que se consideren como un ligero boceto de él los apuntes con cuya lectura voy á ocupar ahora la benévola atencion de mis ilustrados compañeros; al cumplir, por otra parte, en el año actual, segun he procurado hacerlo en los anteriores, un deber que nos imponen los art. 2.º y 3.º del acuerdo tomado por la Academia en 15 de Octubre de 1861, complemento de nuestros estatutos.

II

CENSURAS INJUSTIFICADAS CONTRA LA CÁMARA DE LOS LORES.

Los reiterados ataques de que la Cámara de los Lores fué objeto en Inglaterra, durante los dos primeros tercios del siglo actual,

han producido, en concepto del autor del artículo á que me refiero, una especie de convicción general, que, si no se reforma por sí misma, habria de producir cambios esenciales en la Constitucion, de la que forma aquélla una de sus peculiaridades, colocándola entre las mejores y más respetadas instituciones gubernamentales de los pueblos modernos. Y como en el escrito referido se asegura que no opinan así sólo ciertos partidos políticos, sino que existe una especie de unanimidad en los votos, lo cual me parece muy aventurado, lícito será pensar que, en el caso de ser exacta semejante idea, se compartiria con un sentimiento de pena, no ménos universal, despues de reflexionar sobre lo que ha sido y lo que ha representado ántes la Asamblea aristocrática inglesa.

Recárgase todavía la sombra del cuadro que acabo de reseñar, expresando que el recinto de aquella alta Cámara, desierto casi siempre, y en contraste sorprendente con el de la de los Comunes, sólo experimenta pasajera animacion al ocurrir, de vez en cuando, algun debate sobre asuntos que interesan al pueblo; contraste que se evidencia aún más al comparar la vida, la agitacion, la muchedumbre, la luz, en fin, de una parte, con el silencio sepulcral, el reposo, la soledad y la oscuridad de la otra.

Añádese que esta situacion se ha hecho más sensible desde 1832; aludiendo sin duda á la reforma electoral, llamada la *Gran Carta* por algunos escritores, cuando anuladas desde luégo las consecuencias que habria podido acarrear una oposicion poco meditada y tenaz, la Cámara tuvo acierto para conjurar la tempestad que veia venir sobre ella, y que deberia tal vez producirle la muerte, la deshonra y una revolucion inevitable, por desconocer las necesidades propias de cada época en la historia de los pueblos.

Entónces, como sucede siempre que en los poderes públicos hay cordura y amor al país, la Cámara de los Lores, anticipándose á la medida proyectada de nombrar ochenta nuevos miembros de ella, escogidos entre personas muy recomendables, supo echar por tierra los fatídicos vaticinios hasta de algunos hombres de Estado, y esperar así á pié firme, segun lo habia realizado ya en otras ocasiones, los efectos de un nuevo reflujo de la opinion pública.

No fueron sólo los resultados del pretendido descontento popular los que se hacian valer en contra de la Asamblea á que nos

referimos y cuya acción se trataba de presentar como más eficaz, por medio de peticiones numerosas. Los muchos planes que se formularon, y los proyectos redactados en diferentes sentidos, demuestran que, si bien se hallaban conformes sus autores en la necesidad de curar lo que creían ser un mal, no convenían en la manera adecuada de satisfacerla, que era el punto verdaderamente difícil de resolver.

III

PREVISION Y CORDURA DE LA CÁMARA ARISTOCRÁTICA INGLESA.

Antes de pasar adelante, bueno será consignar, como asertos cuya verdad no cabe poner fácilmente en duda, algunas proposiciones que destruyan el mal efecto de las sostenidas por quien, haciéndose, según se ve, eco de las acusaciones y censuras, tan violentas cuanto destituidas de sólido fundamento, dirigidas en contra de la nobleza inglesa en general, y de la alta Cámara en particular, no vacila en estampar ciertas declaraciones y en consignar algunos juicios no poco apasionados, al discurrir sobre estos asuntos.

Desarrollada históricamente la Asamblea aristocrática inglesa, y rejuvenecida de una manera siempre constante, aun cuando aparezca lenta ó insensible, ha sabido adaptarse á las necesidades y á las exigencias sucesivas de los tiempos, á medida que los acontecimientos fueron presentándose y transformando, desde sus bases fundamentales, la índole de la sociedad, así en el Reino Unido como en todos los demás Estados antiguos. Su gran mérito consiste en el acierto con que ha cuidado de amoldarse á las situaciones propias de cada época; porque no ha querido jamás, y con justo motivo, renunciar al ejercicio de la preponderancia que logró adquirir en la dirección de la marcha de los asuntos públicos de su país, especialmente desde hace dos siglos hasta el día.

No se ha aferrado firme é inconscientemente, después de las muchas pruebas de su espíritu liberal, conciliador y patriótico en sumo grado, obstinándose en sostener privilegios ya indefendibles é insistiendo en que opiniones suyas, defendidas antes por convicción y con lealtad de propósitos, habían de ser convertidas en medidas legisla-

tivas, por atender sólo á aquella circunstancia. Nunca desconoció que en los asuntos políticos ha de seguirse una conducta morigerada que le facilitase los medios de mantener incólume el prestigio de la Corporación, cuya influencia fué constantemente respetada, y provechosa para los intereses del pueblo, cuya confianza logró alcanzar; dándole, al propio tiempo, justo derecho y autoridad incontestable para rechazar utopías y modificaciones orgánicas radicales que, por esta misma circunstancia, serían improcedentes cuando ménos, ya que no perjudiciales en alto grado al procomunal.

Aceptando ó rechazando á veces, según las condiciones de las circunstancias respectivas lo demandaban, las medidas que por la Cámara de los Comunes estaban ya votadas, aunque no eran siempre procedentes, y como fruto de estudios meditados y detenidos en pro de los intereses sociales, legítimos y permanentes, conocían bien los Lores que en algunos casos su intervención legislativa, al desaprobado las resoluciones que se les proponían, sólo habría de juzgarse un veto suspensivo ó dilatorio, con el ánimo de adoptar, en definitiva, las reformas que, como verdadero reflejo de la voluntad nacional, sensatamente emitida por la mayoría, fuesen indispensables.

IV

TENTATIVAS PARA ESTABLECER LA PAIRÍA VITALICIA EN INGLATERRA.

La institución de los Pares vitalicios, propuesta por Lord Rusell en 1869, significaba, para algunas personas, un medio de fortificar la importancia de la Cámara, por si acaso podía haber quedado quebrantada á consecuencia de sus últimos actos. Tenía, sin embargo, para otras el inconveniente de que la complacencia, convertida á veces hasta en debilidad de los agraciados, llegaría á anular aquella especie de noble y arrogante actitud propia de los miembros hereditarios; actitud que, de extremarse, podría ser un grave defecto, por convertirse en inflexible obstinación, que no había dejado de acarrear ya con frecuencia hondos dissentimientos entre ambas Asambleas. Lo que para unas personas significaba demasiada fortaleza é independencia, era apreciado por otras como prueba evidente de de-

bilidad y de mansedumbre. La reforma, que para muchos espíritus aparecía inevitable, se presentaba, sin embargo, al tiempo de adoptarla, bajo formas múltiples en su contextura y accidentes; por ser los medios elegidos variables, inseguros y tantos en número, cuantos eran los autores que los proponían.

En 1856, Lord Wensleydale, el baron Parke, no consiguió ser admitido en la Cámara como Par vitalicio, y el Gobierno tuvo que nombrarlo hereditario. El proyecto de Lord Russell, autorizando el nombramiento de veintiocho de igual clase, fracasó también. Mejor éxito cupo en 1876 á la creación de Pares entre cierta clase de funcionarios públicos, que en el fondo bien puede calificarse de triunfo de la idea rechazada ántes y de derogación indirecta del principio hereditario en absoluto. ¡Y cosa bien notable! La reforma novísima, en vez de ser combatida, contó hasta con el apoyo de los que se habían opuesto obstinadamente á los dos planes primitivos, apesar de tener aquéllos por objeto el constituir para lo futuro, no una parte integrante de la Pairía, sino una agregación complementaria, digámoslo así, á lo que habría de seguir siendo una institución constitucional de la monarquía inglesa.

Como es inminente la creación de una Pairía vitalicia, en concepto del autor del artículo que motiva nuestro trabajo, si bien no expone los fundamentos en que se apoye para tan categórico aserto, examina el asunto relativamente á la reforma, que considera aceptable, bajo dos aspectos diferentes, que serán también los que me propongo ventilar, examinando é impugnando, al propio tiempo, algunas de sus consecuencias.

El primero versará sobre consideraciones históricas meramente. Constituirá el segundo un estudio comparativo acerca de la analogía entre aquella importantísima institución según existe en Inglaterra y la de otros países distintos.

Semejante estudio nos pondrá en el caso de ilustrar el punto, de manera que la solución que se formule como definitiva, pueda llevar los caracteres de una reforma provechosa para los intereses permanentes de la nación á que nos referimos, y que aun cuando no sea aceptable desde luego, aparezca digna al ménos de discutirse y de apreciarse seriamente por los hombres de Estado de las demás naciones regidas por el sistema representativo.

CONDUCTA DE LA CÁMARA DE LOS LORES AL NIVEL DE LAS EXIGENCIAS DE LA OPINIÓN PÚBLICA.

Entre los más triviales axiomas de una crítica racional, que responda al fin laudable objetivo del que la emplee en cualquiera clase de asuntos, ya sean ó no exclusivamente políticos, se cuenta el de precisar con exactitud, ante todo, los hechos conocidos y las causas que los produjeran. Así es dable discurrir con mayor facilidad sobre cuál sea el modo preferible de mejorar el carácter de esos mismos hechos y sus consecuencias para lo sucesivo. Ha de conciliarse lo practicable con lo que se crea más beneficioso; y si se abandonaran las lecciones de los resultados conocidos, sería muy expuesto á errores confiar sólo en halagüeñas teorías que no hayan sufrido todavía el contacto de la piedra de toque de la experiencia.

¡Cuán cierto aparece siempre que si ella es la demostración de las demostraciones, consiste en que, unida á la analogía, nos ponen ambas por la comparación de los hechos y de las circunstancias en el caso de hacer fácil el camino del raciocinio!

La cuestión que como primera se presenta, es la de si la Cámara de los Lores fué en épocas anteriores, por regla casi general, lo que debiera ser, influyendo siempre de una manera eficaz y provechosa en la gobernación de su país. De resolverse este punto en sentido afirmativo, procedería examinar si es exacto que, según algunas personas sostienen, haya dejado la Cámara de ejercer recientemente una preponderancia tan activa cual la que ántes ejerciera; exponiéndose, con tal motivo, las causas internas ó externas á que deba atribuirse desapasionadamente esta situación.

Indudablemente aparece que hasta después de terminado el siglo XVIII, en todos los conflictos ocurridos entre ambas Cámaras, en opinión unánime de los que han escrito acerca de estos asuntos, la de los Lores no dejó de defender las ideas más amplias y liberales; mientras que ha merecido varias y muy opuestas calificaciones su conducta durante el siglo actual.

El Acta constitucional del último tercio del XVII, después del destronamiento de la rama de los Estuardos y del triunfo de la revolución, en favor de la cual la nobleza an-

tigua tomó una parte muy importante y aún decisiva, habría sido destruida á no haber mediado para ello más que la voluntad de los Comunes, independientemente de la resistencia de la aristocracia, que resolvió de una manera definitiva la cuestión. Sostuvo ésta la sucesión protestante en contra de las pretensiones del titulado Jacobo III, que tenía en favor suyo al Gabinete, á cuyo frente se hallaba el conde de Oxford, poseyendo la confianza y el apoyo resuelto de la Cámara popular de entónces.

Este hombre político se vió perseguido, á su vez, por la mayoría de la Asamblea electiva, que sucedió á la de su época ministerial. Votóse en ella la acusación de traidores contra el Conde y sus colegas; pues, á diferencia de la Cámara anterior, era adicta por completo á la causa del monarca que, procedente de la casa de Hannover, había ocupado el trono de Inglaterra en 1689. Los ex-ministros perseguidos tuvieron ocasión de convencerse, bien á su gusto, de que la Cámara de los Lores era inaccesible á la venganza y á dejarse influir de un modo poco adecuado á su índole especial y á su respetabilidad por las pasiones políticas. En sus miembros encontraron aquéllos una acogida ménos desfavorable que entre los Comunes; haciéndose así ineficaz la acusación, por no querer llevar al último extremo los resentimientos personales los mismos que habían contribuido poderosamente al triunfo de la nueva dinastía.

Ya que mencionamos este hecho, que constituyó un cambio monárquico, bueno será dejar aquí consignado cuán deplorable es que haya necesidad jamás de acudir á dicho medio, de graves consecuencias siempre en cualquier país, y que me recuerda las notables frases de un célebre hombre político de nuestros días. En los albores de la revolución francesa en 1830, á cuyo triunfo y desarrollo contribuyó de un modo muy activo, derribando una antigua dinastía, no previó que habría de sufrir muchos desengaños con la desaparición de la que desde larga fecha venía ocupando el poder y su reemplazo por otra que, apesar de su origen popular, se vió no muy tarde abandonada por muchos de sus partidarios y hasta fundadores. Dijo entónces el personaje á quien me refiero que una sociedad nueva, imbuida en principios nuevos y abrigando necesidades nuevas también, exigía tener á su frente quien supiese proporcionarle lo que era incapaz de concederle una ya vieja dinastía. Frases eran és-

tas que no demostraban una convicción monárquica muy profunda; como lo evidenciaron los últimos actos de su agitada vida pública, que forman notable contraste con otros anteriores suyos, y entre los cuales no se hallará fácilmente acuerdo, dando motivo á que resulte lastimada la consecuencia política de su autor.

Los Lores fueron inflexibles también, al oponerse, en defensa de la libertad religiosa, á cuanto tendiese á hacer obligatoria la enseñanza, con arreglo á los principios de la Iglesia anglicana.

En la cuestión del derecho de visita no fué ménos evidente la discordancia entre una y otra Asamblea; pues mientras la popular votó hasta una indemnización para los testigos que depusieran en contra del Ministerio Walpole, la noble Cámara rehusó enérgicamente contribuir á una medida tan poco laudable.

Otros infinitos ejemplos pudieran aducirse en apoyo de mi tesis, que el partido liberal de Inglaterra procura hacer valer cada día más. Si se comparan los hechos de tiempos pasados con los ocurridos durante el siglo actual, acerca de las reformas religiosa, penal, parlamentaria, comercial y eclesiástica, veremos, sin que merezca causar grande extrañeza, que, despues de haber sido combatidas rudamente, fueron aceptadas por fin, apesar de la gran oposición sostenida ántes en contra de ellas. Máxima prudente y propia en verdad de los hombres de Estado es la de que gobernar es saber resistir á tiempo, pero no contrariar la corriente inevitable de los sucesos; ó en términos más sencillos, que gobernar es escoger.

No debe, sin embargo, desde luego asentirse á que se haya, por lo mismo, producido un cambio material y mental inmotivado en los ilustres miembros de aquella distinguida corporación; ni tampoco una sana crítica puede encontrar dificultades, despues de estudiado el asunto detenidamente, para comprender y calificar con imparcialidad las causas de lo que algunos, obrando con ligereza ciertamente, no dudan en considerar la pérdida del poderío antiguo de la aristocracia británica, unida al desprestigio experimentado en la importancia personal de sus individuos, del liberalismo de sus cancilleres y del notable predominio ejercido en otras épocas sobre los Comunes.

No procederían con maduro juicio los que undaran en hechos aislados, sin comentar-

los y apreciarlos con arreglo á la peculiaridad de los casos, muy diversos entre sí, las creencias que profesen, relativamente á la Pairía hereditaria. Tampoco estarían más acertados los que pidiesen la abolición de ésta en absoluto, apoyándose sólo en teorías abstractas, ya que no se les haya de atribuir otros móviles, como la aversión y hasta la envidia profesada en contra de la aristocracia.

Procediendo de muy distinto modo, manifestáronse guiados por el noble sentimiento de la defensa de la dignidad popular; en épocas bien azarosas para la monarquía, muchos hombres tan liberales cuanto conservadores y amigos del orden social. No vacilando ante la idea de amparar la fuerza del poder supremo y justificar sus opiniones favorables á la bondad de la herencia en la monarquía, avanzaron hasta considerar imprescindible mantener también aquella cualidad en los miembros de la Cámara alta, como consecuencia necesaria y hasta principio general, aplicable no sólo á Inglaterra, sino á otras naciones regidas por el sistema parlamentario.

J. G. BARZANALLANA.

Continuará.

EL SOMNAMBULISMO PROVOCADO.

II.

DE LA SIMULACION.

El único mérito de esta larga exposición es quizá la sinceridad; yo ignoraba por completo lo que debía entenderse por las palabras *hipnotismo, mesmerismo, magnetismo animal*, cuando la casualidad me hizo asistir á un experimento llevado á cabo por un joven médico. Quise reproducir el fenómeno sin ninguna fe, y me sorprendí al obtener un resultado. Desde entonces, es decir, desde hace unos dos años, he repetido y multiplicado mis observaciones sin ocuparme de los fenómenos más ó menos maravillosos producidos por los magnetizadores, y hasta sin cuidarme de leer los numerosos trabajos que se han escrito sobre el particular. Lo que acabo de exponer es, pues, completamente personal, y me he visto impulsado por mis propias dudas y las de mis colegas á rodearme de las más serias garantías por evitar toda tentativa de fraude. Tengo, pues, mi opinión formada y mi convicción segurísima; pero no basta estar persuadido de que se dice la verdad, es pre-

ciso además decírsela á los demás. Es lo que voy á tratar de hacer.

Digámoslo ante todo: es imposible probarlo en absoluto. Tenemos delante una persona que al parecer está dormida: importa muy poco que sea más ó menos analgésica, más ó menos cataléptica, puesto que por una parte es fácil simular estos dos síntomas, y por otra están muy lejos de ser constantes en el somnambulismo. Si se quisieran tomar estos dos trastornos de la sensibilidad y de la motilidad como criterio absoluto, se vería uno casi fatalmente llevado á declarar dormidos individuos que no lo están, y á asegurar que hay mala fe en personas que realmente están dormidas. Los ojos cerrados, los movimientos convulsivos del globo ocular, los subsaltos de tendones, las alucinaciones, todo esto es imposible simularlo. Ciertas históricas practican perfectamente simulaciones, mucho más difíciles, sin más objeto que inducir á error á los médicos. No hay, pues, ningún signo absoluto.... Me equivoco, hay uno, pero que no puede convencer más á una sola persona. Estriba en dormirla á su vez, y entonces hacer que le refieran los testigos de su sueño los actos que ha llevado á cabo y cuyo recuerdo ha desaparecido de su pensamiento. Este medio lo he empleado dos veces, la una con miss C..., otra con mi amigo F... Miss C..., después de haber asistido á un experimento, declaró que la buena fe de la persona dormida no le era conocida. «¿Qué ve V. aquí de extraordinario? me dijo. Ha podido simular perfectamente el sueño. No me convencerá hasta que esté dormida.» Le propuse que intentara el experimento, lo cual aceptó. Al cabo de diez minutos se durmió y se puso á hablar inglés, lo cual hizo la conversación algo difícil. Durante todo el tiempo que duró el sueño no pronunció ni una sílaba en francés apesar de que habla admirablemente este idioma. Al despertarse, apesar de mis afirmaciones y de los asertos de la señorita D... su amiga, que estudia como ella también medicina, no quiso creer en su somnambulismo y me acusó casi de haberla hecho tomar un brebaje soporífero. Sin embargo, se vió obligada á rendirse ante la evidencia, sobre todo al ver la hora en su reloj, y comprobando, lo que la había parecido un segundo había durado hora y media.

Se comprenderá sin esfuerzo que este medio de convicción no puede aplicarse de un modo general: es preciso, pues, contentarse con pruebas, sin duda alguna más discutibles

pero más fáciles de presentar. Voy á enumerarlas rápidamente. Admitamos que todos los casos de somnambulismo que he observado sean casos de simulacion, es decir, que todas las personas en quienes he experimentado me engañaron. En rigor podría conceder esto, pero lo que me parece inverosímil á primera vista es que haya encontrado embusteros. He dicho ántes que cualquier persona es susceptible de ser dominada, y que no he encontrado mujer ninguna que á la quinta sesion no haya presentado fenómenos de somnambulismo. ¿Es posible que entre cuarenta personas ó poco ménos que he dormido, no haya habido una sola que se negara á representar tan indigna comedia? Hablando seriamente, esto es inadmisibile; voy más lejos aún: creo poder asegurar que reproduciría todos los fenómenos indicados anteriormente en una mujer cualquiera, haciendo caso omiso de su edad y condicion, pero con tal de que pudiese llevar á cabo cinco sesiones consecutivas. Si todo esto no fuera más que una impostura, significaria que toda mujer en quien yo experimentara consentia al cabo de cinco sesiones en fingir el sueño. Añadiré que para ciertas observaciones me está completamente prohibido el pensar en la simulacion, por ejemplo, con respecto á F. y R..., dos de mis mejores amigos, jóvenes, instruidos é ilustrados, en quienes tengo completa confianza, así como en miss C..., persona muy notable. Lo propio podré decir con respecto de otros individuos cuya posicion é inteligencia no me permiten poner en duda su veracidad. Verdad es que esta seguridad y conviccion pueden ser solamente personales, pero los sabios ilustrados deben tenerla en cuenta, y ántes de condenar los individuos cuya falsedad sospechan, informarse si es legítimo lanzar una atrevida acusacion.

No nos conviene llevar más allá este género de demostracion, nos basta reducir al absurdo el razonamiento de los autores que no ven más que personas de mala fe, sin que puedan hallar con una sola sincera; en todo caso se verán obligados á confesar que estas gentes tienen una maravillosa habilidad. Sé todo lo que se ha dicho, no sólo respecto de la superchería de las histéricas, sino tambien acerca de su habilidad para la superchería; sin embargo, éstas son excepciones rarísimas y que se citan en los anales de la ciencia. Además, no todas las mujeres son histéricas, y las que vienen del campo, ignorando por completo lo que es un hospital, y no habiendo

oido nunca pronunciar la palabra magnetismo, darian una prueba singularísima de destreza simulando el sueño magnético sin conocerlo. Lo aseguro, la simulacion sería perfecta: los párpados cerrados, movimientos fibrilares en los músculos de la cara, flojedades pasajeras, alucinaciones de la vista y del oido; siempre se halla todo esto sin cambios notables. ¿En virtud de qué adivinacion, una enferma que dormia en la Caridad, y que no habia presenciado ninguna escena de somnambulismo, se comportaba lo mismo que una enferma de Beaujon que venia de provincias y á quien dormí el mismo dia de su entrada? Hé aquí algo maravilloso, tan maravilloso como los fenómenos miríficos que obtienen algunos magnetizadores. De suerte que todo ello no sería más que una simulacion, y una vez que el primer simulador habia dado el ejemplo de cierto sueño, todos los demas individuos á quienes cree uno dormido, seguirian este ejemplo imaginario y se conformarian con su fantasía primitiva.

Lo que ha podido hacer creer en la simulacion son ciertos fenómenos psíquicos raros que es necesario conocer. Algunos individuos dormidos se dan razon de que sueñan ficciones y que lo que ven ante sí son formas reales; sin embargo, no es la realidad: esto se observa en el sueño y en la locura: á veces soñamos con monstruos tan extraños y tenemos visiones tan absurdas, que apenas podemos creerlas. Se verifica entónces una especie de desdoblamiento en la conciencia, soñamos y no lo sabemos, estamos conmovidos sin tener miedo, y al propio tiempo que experimentamos espanto, nos serenamos haciendo grandes grandes esfuerzos para ahuyentar la vision que nos persigue. Del mismo modo, los alucinados oyen voces que saben perfectamente que son simplemente subjetivas. Pues bien, con frecuencia ciertos somnábulo tienen conciencia de su estado, de tal manera que se establece entre sus facultades un antagonismo curioso.

Su imaginacion les presenta la forma real de las cosas, y su inteligencia concibe lo absurdo de las mismas. Hé aquí por qué tienen con frecuencia contradicciones que para un observador superficial parece como que debian revelar la simulacion. El hecho era muy notable en un enfermo de Beaujon, una joven á quien dormí varias veces con la mayor facilidad. Le anuncié que iba á practicarle una operacion dolorosa, por ejemplo, la amputacion del brazo; lanzaba gritos de dolor, llo-

raba abundantemente y creía ver cómo corría su sangre; pero casi al mismo tiempo comprendía que era un engaño y reía al través de sus lágrimas. Con frecuencia también cuando se hace viajar imaginariamente á los individuos dormidos, saben perfectamente que están en su butaca ó en su cama, y sin embargo, ven las regiones donde ha querido uno conducirles, lo mismo que en el sueño ordinario en que somos trasportados á lejanos países, sin olvidar empero que nos hallamos tranquilamente dormidos en nuestro cuarto.

Fuerza es reconocer que si no hubiera más que fenómenos simulados, no tan sólo sería grande la habilidad, sino sorprendente el estoicismo. He dicho más arriba que daba á ciertas enfermas de Beaujon, á quienes había dormido, líquidos nauseabundos que bebían con avidez. Además, sin dar un gran valor á la analgesia ó á la anestesia, me ha sucedido frecuentemente pincharles la mano, el brazo ó la cara sin que sintieran dolor. Muchas veces la titilación del conducto auditivo, de las fosas nasales ó de la cara palmar de las manos era perfectamente tolerable, y todos saben que en el estado normal este cosquilleo es insufrible y concluye por convertirse en un verdadero dolor. Sin tener verdadera catalepsia, obligaba á las personas dormidas á que extendieran el brazo, y permanecían á veces durante veinte minutos en esta posición fatigosa. Un experimento que me ha parecido siempre decisivo ha sido el siguiente: recomendaba á la enferma que dormía por la noche, que permaneciera con el brazo colocado sobre la cabeza y con un objeto en la mano; hacía esto cuando debía pasar la noche en el hospital, y venía cinco ó seis veces durante la noche sin hacer ruido y sin llevar luz; pero por más precauciones que tomase, la enferma me sentía entrar, y la encontraba en la misma posición con el brazo sobre la cabeza y el objeto en la mano. Seguramente que hubiera sido preciso tener una fuerza de voluntad prodigiosa para estar durante diez horas seguidas sin dormir ni un momento y conservando una posición que al cabo de cinco minutos debía ocasionar un cansancio intolerable. He reproducido muchas veces este curioso experimento, y uno de mis colegas que lo repitió á su vez en el hospital, obtuvo un resultado idéntico.

Sin poder insistir, como desearíamos, acerca de la parte histórica de la cuestión, nos contentaremos con decir que todos los sabios,

médicos ó cirujanos, que se han ocupado de esta neurósis han obtenido idénticos resultados. Sin embargo, es preciso hacer una excepción. Si han querido asistir á las escenas acrobáticas que los magnetizadores ofrecen como pasto á la credulidad del vulgo, han salido de allí negando atrevidamente la existencia del hipnotismo; por el contrario, siempre que estudiaron la cuestión por sí mismos sin consejo, sin apoyo y con ese ilustrado escepticismo que es propio de la escuela médica francesa, que no admite como verdadero más que lo que se ha demostrado repetidas veces, han visto todos que se podía provocar una neurósis especial fecunda en consecuencias por el estudio de la psicología patológica. Me bastará citar los predecesores de nuestros actuales maestros: José Frank (1), Cloquet (1829), Rostan (2) y Calmeil (3). En nuestros días, numerosos observadores han afirmado su existencia (4). Roux (5), Velpeau y Broca (6), Aran (7), Demarquay y Giraud, Teulon (8), Verneuil, Lasegue (9), Baillarger (10), Maury (11), Mesnet (12), Blandin, Cerise, Briere de Boismont (13). Ultimamente el señor Duval (14) ha reasumido el estado de la ciencia, sobre este particular, en un excelente artículo, y Mesnet (15) ha publicado una observación muy interesante de somnambulismo natural. Hemos querido citar solamente los nombres que tienen autoridad científica y cuyo testimonio es incontestable. Será enojoso hacer citas, prolongando una discusión que debiera ser inútil, puesto que la realidad

(1) «Praxos medicæ præcepta», 1818.

(2) Art. MAGNETISMO del «Diccionario» en sesenta tomos, primera edición, 1825.

(3) Art. MAGNETISMO del «Diccionario», en treinta tomos, t. XVIII.

(4) Véase Béraud y Robin, «Elementos de fisiología», t. II, 1857, p. 781.

(5) «Ojeada sobre el magnetismo animal», 1846.

(6) «Actas de la Academia de Ciencias», 5 Dic. 1859

(7) «Arch. gen. de medicina», Enero 1860.

(8) «Investigaciones acerca del hipnotismo ó sueño nervioso», Paris 1860.

(9) «Arch. gen. de medicina», 1864, p. 305; «Idem», 1865, p. 385.

(10) «Anales médico-psicológicos», 1868, t. VI, página 328.

(11) «Idem», 1860, t. VI.

(12) «De las alucinaciones», Paris, 1862.

(13) «Arch. gen. de medicina», Febrero 1860.

(14) «Dicc. de med. y cir. prácticas», t. XVIII, página 133.

(15) «Union Médica» (La), 1874, 20 de Julio.

del somnambulismo artificial es tan clara como la del corea ó de la epilepsia. Los que no lo admiten son los que no han hecho observaciones propias, y que en lugar de leer las obras serias de los sabios cuyos nombres acabo de citar, se contentan con refutar las divagaciones de los charlatanes. Es muy posible, por lo tanto, suponer que todos estos sabios tan respetables y distinguidos han sido siempre engañados y han creído hallar un hecho fisiológico notable donde no había más que una farsa.

No es posible, pues, hallar la prueba absoluta ó patognomónica del somnambulismo artificial. Pero es factible el reunir pruebas para demostrar lo absurdo de la hipótesis de una simulación constante que se repite desde hace cincuenta años en toda Europa con los mismos fenómenos. Siempre que he podido de un modo algo continuado hacer que asistieran algunos de mis colegas ó de mis amigos á estos experimentos, se han convencido enseguida. Si no temiera cansar al lector multiplicando las comparaciones, diría que habiendo estudiado el sueño magnético como una enfermedad, siempre lo he encontrado idéntico consigo mismo, con un período de iniciación, otro de estado y otro crítico, síntomas fundamentales y constantes, y síntomas accidentales ó inconstantes; no habiendo tampoco hallado individuo rebelde á su acción (me refiero á las mujeres), por lo cual no me es posible rehusarle un lugar entre los trastornos neuróticos del sistema nervioso central. Y en verdad que no veo la razón de que el sueño magnético no ocupe un lugar en el cuadro nosológico. ¿Dónde se ve lo inverosímil y lo maravilloso? Los fenómenos debidos al haschisch y al alcohol, por ser más vulgares, son acaso menos sorprendentes? Lo que interesa mucho poner en claro, es la íntima relación que une la neuropatía magnética con el sueño natural y con los trastornos diversos de la inervación central, insistiendo mucho sobre las analogías y las diferencias.

III.

RELACIONES DEL SOMNAMBULISMO PROVOCADO CON LAS NEURÓISIS Y LAS INTOXICACIONES CEREBRALES.

Si en lugar de considerar los fenómenos en su conjunto, los estudiamos separada-

mente y en sí mismos, vemos que se refieren á cuatro grupos principales: alucinación, hiperideación, automatismo, abolición de la memoria. Solamente en la neurósis magnética es donde se hallan estos cuatro síntomas reunidos, pero no hay ninguno especial para dicho estado, y la literatura médica es muy rica en hechos semejantes, observados en las más variadas enfermedades.

Examinemos primero las alucinaciones. Entre los fenómenos llamados magnéticos, nada hay tan extraño, al parecer, como esto y nada en realidad más sensible. Del sueño al somnambulismo, y del somnambulismo al magnetismo, hay una serie de transiciones insensibles, que es fácil poner en claro: en el sueño natural estamos separados del mundo exterior, los objetos que nuestra imaginación (1) nos ofrece, son *subjetivos* y no tienen realidad. Sin embargo, desde el momento en que nos hablan, nos despiertan y volvemos enseguida á la vida exterior. No sucede, empero, siempre esto. Sábese que en los niños hay un débil grado de somnambulismo que podríamos llamar normal; con frecuencia, durante la noche, se les habla y responden, y al despertar no se acuerdan absolutamente de nada. La madre que vela á la cabecera de su niño enfermo, atormentado por visiones y pesadillas, cambia, mediante dulces palabras y tiernísimas caricias, el curso de estos aterradores pensamientos, y el niño, sin despertarse, cesa de gemir y de llorar. De aquí no hay más que un paso para llegar al somnambulismo natural. El somnambuló, aún cuando tiene los ojos cerrados, ve los objetos que hay en la habitación, no como son en realidad; sino como su memoria los recuerda. Esto es tan cierto, que si se cambian los muebles, tropezará con ellos. El individuo magnetizado tiene alucinaciones de la misma naturaleza; pero existe entre el estado de

(1) Para mi excelente maestro, el Dr. Moreau (de Tours), no convendría dar á ésta el nombre de «imaginación». Guarda esta palabra para la facultad creadora que permite al hombre despierto representarse imágenes tales cuales su atención se le manda. Sin embargo, por mucho que sea el respeto que me infunde su autoridad, creo que no hay razón de dar un nombre diferente entre esta facultad que crea imágenes á placer, y la que, apesar de nosotros, las crea. Imaginación quiere decir creación de imágenes, y se puede admitir perfectamente que en el un caso es voluntaria, y en el otro involuntaria; entónces es cuando las imágenes son más vivas y brillantes.

hipnotismo y el de somnambulismo esa diferencia fundamental, á saber: que no podemos relacionarnos con el somnábulo, mientras que el hipnótico comprende todo lo que se le dice, oye, responde, pudiéndose provocar en él alucinaciones.

Las personas ignorantes ó inexpertas se inclinan siempre á considerar como maravillosos los hechos cuya causa ignoran. Nada más sensible, sin embargo, que todos los enunciados anteriormente. Por ejemplo, digo á mi amigo R... al enseñarle la mano, donde he puesto mi reloj: «Mi reloj está en mi mano; dime la hora que es». Sabía aproximadamente qué hora era, y representándose mi reloj, dijo: «Lo veo; son las cinco y media». ¿Prueba esto, por ventura, que los rayos luminosos hayan atravesado mis dedos y sus párpados para impresionar su retina? Ciertamente que no; pues en este caso, lo mismo hubiera visto mi reloj si, en vez de estar en la mano, hubiera estado en mi bolsillo. Lo vió con una vista interior, pensó en mi reloj, y el pensamiento se trasformó enseguida en una imágen. Hé aquí el carácter principal de la neurósis magnética.

En los individuos dormidos, la vida intelectual se halla concentrada y como refugiada en sí misma.

Se halla separada de las sensaciones externas y se convierte en *intra-cerebral*, según una frase muy exacta del Sr. Moreau. De ahí la ilusión, la alucinación, el error y todos esos trastornos de la razón que afectan la humana inteligencia cuando al enmudecer los sentidos externos, dejándonos olvidada la realidad, los sentimientos internos agitan y remueven nuestra alma con incomparable poder.

De suerte que nos parece justo admitir que los individuos hipnotizados están verdaderamente locos, pero con una locura pasajera, como el delirio febril ó el delirio tóxico. No haremos, con esto, más que reproducir la opinión que sostuvo hace algunos años el Sr. Moreau, en su libro sobre el haschisch. Los efectos que origina esta sustancia, no son, sin embargo, idénticos á los que se observan en el sueño magnético. En la intoxicación por el grano de *Cannabis indica*, se ve una actividad desordenada de la imaginación y una hiperideación que excede á todos los límites conocidos. Las sensaciones exteriores toman proporciones formidables y suscitan un mundo de ideas que hierven en la cabeza; son verdaderos conceptos delirantes,

y los *haschischizados* (1) están locos, como lo están los hipnotizados. Pero el punto de partida no es el mismo. Para el haschisch es la exageración de una sensación verdadera; para el magnetismo es una alucinación que no está relacionada con los objetos exteriores. En los dos casos, la serie de conceptos y razonamientos que provocan, y la ilusión del haschisch y la alucinación del magnetismo, provocan un verdadero delirio.

Esta actividad cerebral que origina las alucinaciones, puede referirse también á las otras facultades intelectuales. La memoria, la ideación y la sensibilidad afectiva, están vivamente exaltadas; ¿pero acaso se ve esto solamente en el somnambulismo? ¿Quién no ha experimentado más ó menos los efectos primeros de la embriaguez? Al propio tiempo que la circulación se acelera, las facultades intelectuales se hacen más vivas, si es que no son más poderosas. Se oprimen, sucedense con rapidez tal, que no se puede expresar todo lo que se experimenta. Se hacen proyectos admirables, sin que se reconozcan límites á nuestro poder. Los recuerdos inesperados vienen á nuestra memoria, y las gentes más apáticas tienen una conversación chispeante, esmaltada de salidas felices y comparaciones ingeniosas, y para todo esto bastan algunas gotas de alcohol en el sistema circulatorio.

No hay que creer que este estado de actividad intelectual sea el resultado necesario de una modificación material en la circulación encefálica ó en la disposición de las células nerviosas. Con frecuencia, las causas morales, la emoción, el espanto, la pérdida de un pariente ó de un amigo, un reves de fortuna, producen una excitación maniaca que se caracteriza frecuentemente por una notable hiperideación. Entonces los enfermos hablan en un idioma que habían olvidado hacia tiempo, recuerdan hechos de su infancia, responden con talento y prontitud á las preguntas que se les hacen, poniendo en grave apuro algunas veces á sus interlocutores, por su presencia de espíritu y sus intencionadas observaciones. No hay aquí envenenamiento, apesar de esto, del mismo modo que tampoco lo hay en el magnetismo; en uno y otro caso, ningún agente tóxico interviene. Es una enfermedad *sine mate-*

(1) Perdóneme la Real Academia Española este neologismo.

ria (1), producida por una falta de equilibrio en las facultades intelectuales.

Lo propio sucede con la pérdida del recuerdo: á veces una impresion interior, como un terror rápido, ha sumido á ciertos individuos predispuestos en un estado de estupor que puede durar mucho tiempo. Moreau refiere el hecho de un hombre que, asustado por un accidente acaecido en un ferrocarril, apesar de no haber recibido la menor lesion, se puso á correr por el campo, fué detenido y conducido á Bicetre, y despues de haber vivido así durante algunos dias, hablando y respondiendo á las preguntas, se despertó de pronto muy asombrado al hallarse en aquel sitio, y habiendo perdido completamente la memoria de todo lo que habia hecho desde el momento del accidente. Cada dia se observan hechos parecidos en los epilépticos. En la conmocion cerebral en segundo grado, los enfermos se mueven, hablan, gimen, responden bastante bien á las preguntas, pero sin que todo esto deje ningun rastro en su memoria. De igual manera los enfermos á quienes se cloroformiza cantan, lloran y no se acuerdan de nada al despertar. Recuerdo un hecho que me llamó la atencion. Se trataba de un jóven á quien se debia castrar, á consecuencia de un enorme tumor del escroto. Se le cloroformizó, y en el momento en que el cirujano ligaba fuertemente el cordón espermático, el enfermo, al oír la péndula que daba la media, exclamó: «Ya son las once y media». Al despertar, no se acordó de nada de lo que habia dicho. De modo que habia podido oír y reflexionar sobre la sensacion, pero sin que su inteligencia conservara el menor recuerdo de los actos que llevó á cabo.

Hay otro punto que excita por regla general la curiosidad y que ofrece analogías con los diferentes estados bien conocidos de la inteligencia. Los individuos dormidos tienen una gran facilidad para dejar escapar sus secretos. El hecho no es contestable. Blandin (2) y Demarquay (3) lo han visto en circunstancias muy curiosas, Pero ¿no se sabe que toda sobreexcitacion intelectual se traduce por una necesidad de *expansion*, una

dejadez característica? Un antiguo proverbio dice que el *vino desata la lengua*, y siempre que en una comedia se desea que un importante secreto sea revelado, hay un medio muy sencillo y á la disposicion de todo el mundo: una botella de vino ó de porter, basta casi siempre.

Sin embargo, hay dos fenómenos que no se observan mas que en esta especie de somnambulismo, y son: la alucinacion provocada y el automatismo. Hemos hablado con bastante extension de las alucinaciones para que necesitemos volver sobre el particular. En cuanto al automatismo, es un hecho que es fuerza aceptar sin comprenderlo, y debe uno resignarse á hipótesis más ó menos verosímiles, pero que quizás ulteriores experimentos podrán justificar.

Más adelante se hallará un cuadro donde hemos tratado de agrupar los síntomas fundamentales del somnambulismo, demostrando la relacion que existe entre ellos y los diferentes fenómenos de la psicología fisiológica.

Nuestra tarea sería incompleta si despues de haber analizado los síntomas y estudiado los fenómenos complejos del somnambulismo provocado, no tratáramos de referirlos á las diversas neuropatías estudiadas por los patólogos, haciendo de ellas una clasificacion metódica.

Se pueden considerar tres funciones especiales del sistema nervioso, servidas probablemente por tres aparatos distintos: el aparato de la sensibilidad, el de la motilidad y el de la ideacion. Aun cuando existe una íntima conexion entre estas tres funciones, su actividad ó su parálisis pueden estar aisladas, segun que uno ú otro de estos aparatos reciba más ó menos la impresion de los agentes excitantes ó paralizantes.

En la catalepsia, en el éxtasis, en la epilepsia, histerismo, tétanos, el aparato de motilidad es el que casi siempre está afecto, pero con formas diferentes. El tétanos es una contraccion tónica de todos los músculos; la epilepsia es su contraccion clónica, y fácil es comprender cómo ambas neurósisis pueden obrar sobre el sistema nervioso central. Para la catalepsia y el éxtasis la aplicacion es mucho más difícil. En efecto, vemos en ambos afectos un estado especial de la contraccion muscular, que en lugar de ser pasajera es permanente. Un músculo colocado en una posicion cualquiera, la conserva durante un tiempo más ó ménos largo, en todo caso muy

(1) O por lo ménos en el estado actual de la ciencia no es posible prever cuál sea la lesion anatómica.

(2) En Brierre de Boismont, «Las alucinaciones», pág. 257.

(3) Loc. cit. »

superior á la duracion normal de una contraccion voluntaria. Pero el hecho más sorprendente es que se puede provocar la catalepsia, por lo ménos en las histéricas. Los notables experimentos de Lasègue demuestran muy bien el hecho: al cerrar los párpados de una mujer histérica, se la sume en una especie de sopor. Los movimientos voluntarios se hacen imposibles, y es incapaz de cambiar la posicion que se da á sus miembros.

Hemos visto la cadena que relacionaba de un modo insensible el más ligero sueño con el somnambulismo más completo. Vamos á ver ahora por qué gradacion insensible se va de este experimento tan sencillo é interesante de Lasègue á los demas fenómenos del somnambulismo. En efecto, la oclusion de los párpados provoca la catalepsia, pero se puede, por otros procedimientos que el P. Kircher ha sido el primero en emplear, y que Braid ha renovado con éxito últimamente, obtener el mismo resultado. Me refiero á lo que se llama comunmente *braidismo* ó *hipnotismo*. El fijarse en un objeto brillante ó en un objeto cualquiera durante algunos minutos, provoca la catalepsia completa. Pero ya se ha dado con esto un paso hacia el somnambulismo, puesto que en algunos de estos individuos hipnotizados hay hiperideacion, y se pueden provocar ideas alucinatorias por la posicion que se da á los miembros. Colocando los brazos en actitud de oracion, por ejemplo, se excita en el paciente la idea de orar, y así de lo demas para un gran número de ideas que se refieren á una actitud determinada del sistema muscular.

Supongamos que la hiperideacion va más allá todavía, y tendremos ese somnambulismo, llamado malamente magnético, que hemos descrito en este trabajo. Puede ser provocado como el hipnotismo, pero no se puede dudar que en algunos casos sobreviene espontáneamente. Littré, en sus notas á la *Fisiología* de Müller (1), refiere la interesante observacion debida á Mac-Gregory, de un oficial de marina de los Estados Unidos. Es muy larga para ser transcrita en este sitio, pero se verá el hecho curioso de un jóven que espontáneamente sufría accesos de somnambulismo idénticos á los que hemos podido provocar voluntariamente.

De suerte que tenemos dos hechos elemen-

tales que al complicarse más y más llegan al mismo resultado, es decir, á la perturbacion del aparato de la ideacion. Por una parte, en el sueño sencillo, la sensibilidad se transforma, toda vez que no se ve, ni se oye, ni se siente nada de los hechos del mundo exterior, y al exagerarse gradualmente esta abolicion de la sensibilidad provoca el magnetismo. Por otra parte, en ciertos individuos hay trastornos catalépticos de la motilidad que al aumentar más y más, concluyen por conducir al mismo resultado. Y es que efectivamente, en el orden natural, no hay nunca interrupcion en los hechos. Todo se relaciona y encadena, y el añejo axioma: *natura non facit saltus*, es tan exacto con respecto á los fenómenos fisiológicos, como para las leyes de la zoología.

CONCLUSIONES.

1. Se puede, mediante pases llamados magnéticos, lo mismo que por la fijeza visual en un objeto brillante y otros procedimientos empíricos, mal estudiados é inconstantes, provocar una neurósis especial análoga al somnambulismo.
2. Esta neurósis es difícil de provocar la primera vez. Se presenta casi siempre si se tiene la paciencia de tener varias sesiones consecutivas. Cuando se ha obtenido una vez, es muy fácil de producirla nuevamente.
3. Todos los fenómenos que se observan están en relacion con los datos de la fisiología y de la psicología, y se hallan en grados diversos en algunas intoxicaciones y en ciertas neurósis del sistema nervioso central (1).
4. Los fenómenos verdaderamente característicos son las alucinaciones, que pueden provocarse siempre que se quiera, y un automatismo completo, de modo que la persona dormida se halla sometida á la voluntad de los individuos que la rodean, y percibe las sensaciones imaginarias que le quieran comunicar.
5. Ante hechos constantes, y reconoci-

(1) Segunda edicion, Paris, 1851.

(1) Véanse los cuadros siguientes.

dos desde hace cincuenta años por los mejores observadores, y circunstancias siempre idénticas, débese admitir la existencia de esta neuropatía, que difiere de todas las que se conocen, por su origen experimental. Definida de este modo, la neuropatía magnética, aunque ofrece pocas aplicaciones terapéuticas, es un estudio del mayor interés para el fisiólogo y para el psicólogo.

CÁRLOS RICHEL.

	Sueño.	Somnambulismo.	Cloroformo.	Haschisch.	Embriaguez.	Exc. maníaca.	Epilepsia.	Histerismo.	OBSERVACIONES.
CONSTANTES.	Conciencia de su estado.	—	—	—	—	—	—	—	(1) En el somnambulismo pueden ser provocadas, y en ningún otro estado patológico se puede observar el mismo fenómeno. (2) Los recuerdos de los estados patológicos precedentes no están completamente abolidos, puesto que después de cada nuevo acceso el enfermo ha conservado la memoria de ellos. Es también un fenómeno completamente especial del somnambulismo provocado.
	Alucinaciones sensoriales (1).	—	—	—	—	—	—	—	
INCONSTANTES.	Automatismo.	—	—	—	—	—	—	—	
	Exaltación de la inteligencia.	—	—	—	—	—	—	—	
	Pérdida de la memoria al despertar (2).	—	—	—	—	—	—	—	
	Bienestar.	—	—	—	—	—	—	—	
	Sensibilidad afectiva desarrollada.	—	—	—	—	—	—	—	
	Hiperestesia sensorial.	—	—	—	—	—	—	—	
	Extasis producido por la música.	—	—	—	—	—	—	—	
Recuerdo de cosas pasadas.	—	—	—	—	—	—	—		
Expansion y locuacidad.	—	—	—	—	—	—	—		
Sueño consecutivo al acceso.	—	—	—	—	—	—	—		

FENÓMENOS PSÍQUICOS.

	Sueño natural.	Somnambulismo.	Cloroformo.	Sueño.	Somnambulismo.	Cloroformo.	Histerismo.	Epilepsia.
CONSTANTES.	Oclusión de los párpados.	—	—	—	—	—	—	—
	Regularidad del pulso y de la respiración.	—	—	—	—	—	—	—
	Imbecilidad de la fisonomía.	—	—	—	—	—	—	—
	Movimientos fibrilares en los músculos de la cara.	—	—	—	—	—	—	—
	á v. f. = á veces faltan.	—	—	—	—	—	—	—
	á v. f. = á veces faltan.	—	—	—	—	—	—	—
INCONSTANTES.	Convulsion de los ojos hacia arriba y adentro.	—	—	—	—	—	—	—
	Analgesia.	—	—	—	—	—	—	—
	Catalepsia.	—	—	—	—	—	—	—
	Movimientos que no pueden verificarse en estado normal, y que se hacen posibles.	—	—	—	—	—	—	—
	Ausencia ó disminución de los movimientos de la deglucion.	—	—	—	—	—	—	—
	—	—	—	—	—	—	—	—

FENÓMENOS SOMÁTICOS.

LA INFLUENCIA DE LA LUNA.

¿Ejerce influencia la Luna en las variaciones del tiempo?

Contestan afirmativamente y sin vacilar los marinos, los agricultores, los habitantes del campo y hasta los pieles rojas, los sioux y los indígenas de las islas de la Oceanía.

Contestan negativamente los astrónomos, que no tienen voz en capítulo al tratar de esta materia.

Los normandos son los únicos que salen del paso sin contestar que sí ni que no.

Hace ya tiempo están en desacuerdo la tradición popular y los sabios, y ni los unos ni los otros quieren ceder de su opinion. En una provincia se cree firmemente en la influencia de la Luna, y en otra se niega con la mayor formalidad.

En una reciente é ingeniosa conferencia sobre este mismo asunto, el astrónomo M. Faye ha combatido con vigor la preocupacion popular. «Voy á demostrar, dice el eminente académico, que apesar de la opinion general, la Luna es inocente de los cambios del tiempo.»

Todos los pequeños tratados de astronomía, todos los grandes tratados de cosmografía se desatan en argumentos contra la Luna, lo mismo que M. Faye. No hay maestro de escuela que no se encoja de hombros cuando se le habla de la influencia de nuestro satélite; no hay una persona instruida que no se ria de los que creen en la influencia lunar; es una preocupacion, se dice, que es preciso dejar á los ignorantes: la Luna está inocente de todo maleficio. La cuestion está juzgada; hay que clasificarla en la categoría de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo; no hay más que hablar.

Hé aquí un juicio sin oír á la leyenda, que quizá no sea superfluo examinar de nuevo.

Hubo, en efecto, una época, no muy lejana, en que para todo el mundo, lo mismo en la ciudad que en el campo, la Luna producía la lluvia y el buen tiempo. La reaccion contra esta creencia casi unánime es bastante reciente.

Un día del mes de Abril, una diputacion de la Oficina de longitudes fué admitida, segun costumbre, á presentar á Luis XVIII el primer ejemplar del *Conocimiento de los tiempos*. «Señores, celebro mucho veros, exclamó el rey, porque vais á explicarme claramente los efectos de la Luna y su manera de acción sobre las plantas.»

Laplace, á quien más esencialmente se dirigía la pregunta, se habia preocupado muy poco de la influencia de la Luna. Miró atentamente á sus colegas, y no viendo á ninguno dispuesto á tomar la palabra, se decidió á romper el silencio. «Señor, contestó, la influencia de la Luna no entra para nada en nuestras teorías modernas, y por lo tanto no podemos contestar á V. M.»

Por la noche se rieron muchos en las Tullerías del apuro del gran geómetra, pero el

golpe era de algun alcance, y la ciencia se dignó ocuparse del fenómeno que habia excitado la curiosidad real.

En el Observatorio de Paris se tomó nota de la pregunta de Luis XVIII, y se empezó á estudiar la influencia de la Luna sobre nuestro planeta. Hasta Laplace sometió al cálculo la accion de nuestro satélite sobre la atmósfera, y suplicó á Bouvard que investigase, por su parte, en las observaciones acumuladas hacía mucho tiempo, si se encontraba alguna accion cualquiera de la Luna sobre el tiempo.

Los resultados del análisis de Laplace y de las investigaciones de Bouvard no confirmaron la preocupacion popular. Más tarde empezó Arago, con gran cuidado, el estudio de las observaciones antiguas y modernas, y dedujo, á su ver, que la Luna no ejercía, al parecer, influencia apreciable en los cambios del tiempo. Grandes y pequeños sabios extendieron por todas partes las palabras del maestro; grandes y pequeños discípulos la propagaron en sus libros y en sus conferencias. Nuestra generacion ha aprovechado la leccion, y ha llegado á ser de buen tono en las ciudades dejar á las gentes del campo esa creencia sencilla que atribuye á nuestro satélite una influencia cualquiera sobre la atmósfera de nuestro planeta. La reaccion data de Luis XVIII, y ha continuado, como se ve, hasta M. Faye, es decir, hasta el año de gracia de 1877.

Veamos los argumentos de la reaccion; son de dos especies: teoría y observaciones.

La Luna, dice el vulgo, tiene influencia sobre el mar y produce las mareas; sería, por lo tanto, sorprendente que no ejerciera accion alguna sobre el aire que es movible. Esta creencia en las mareas atmosféricas hace creer á M. Faye que la preocupacion popular que combate, debe remontarse al siglo xv, porque solamente hacia aquella época reconocieron los navegantes que el flujo y reflujo constituyen un fenómeno general. Se podría objetar á esta opinion que Platon, cuatrocientos años ántes de nuestra era, se habia preocupado ya de las mareas. Plinio atribuye positivamente la causa al Sol y á la Luna. «Cuando la Luna, dice, aparece sobre el horizonte, la mar, como arrastrada por el mismo impulso, crece en altura. Empieza la Luna á descender hácia Occidente, y el orgullo de las olas se abate tambien.» Es verosímil que la preocupacion es más antigua de lo que piensa M. Faye; pero más recientemente, personas

instruidas han intentado justificarla haciendo intervenir la idea de las mareas aéreas.

En todo caso, la opinion de que la Luna puede suministrar pronósticos sobre el tiempo, es tan antigua como el mundo. Encuéntranse huellas de esta opinion en el Génesis y en los Evangelios. Aratus, dos mil años ántes de Jesucristo, consignaba los pronósticos lunares en sus *Phenómenos*. Varro, Theon y otros han hablado extensamente de los indicios de buen ó mal tiempo, suministrados por nuestro satélite. Plinio ha consagrado á este asunto un libro casi entero de su *Tratado de historia natural*. Virgilio ha recomendado más de una vez en sus *Geórgicas* á los agricultores los pronósticos lunares. Teofrasto, en su *Tratado de los signos predecesores de la lluvia*, dice que la luna nueva es, generalmente, una época del mal tiempo, etc. De los pronósticos á la influencia, la distancia es bien corta. La preocupacion tiene, pues, una edad muy respetable.

De cualquier modo que sea, la Luna no puede obrar sino por su atraccion ó por su calor. En lo que concierne al primer punto, la opinion vulgar es fácil de traducir; la Luna atrae el aire y da lugar á mareas que pueden muy bien desempeñar un papel en los cambios de los tiempos. Los astrónomos contestan: Esas mareas son ilusorias, absolutamente insignificantes. Decis que la Luna levanta las aguas del Océano, y con más razon mueve el aire que es más ligero. Esto es una herejía científica. Es todo lo contrario de la verdad. La ley de la atraccion consiste en que los cuerpos se atraen en razon de las *masas* y en razon inversa del cuadrado de las distancias. Así es que la Luna atraerá ménos á un cuerpo ligero que á un cuerpo pesado, ménos al aire que al agua; porque ésta pesa mil veces más que el aire.

¿A qué quedará reducida la accion de la Luna sobre el océano aéreo, que es tan tenue y tan ligero? Admitiendo que la marea aérea fuese de algun modo apreciable, el barómetro, que revela las menores fluctuaciones del aire, bajaria á su accion. M. Bouvard no ha observado más que variaciones insensibles en el instrumento. Laplace habia calculado que la atraccion lunar no puede hacer bajar el barómetro más que cuatro décimos de milímetro, y la observacion parece confirmar el análisis matemático.

En cuanto á la accion calorífera de la Luna, añaden los astrónomos, es tan insignifi-

cante como su accion atractiva. En la cumbre del Pico de Tenerife, M. Piazzí Smyth ha observado con un instrumento muy sensible que la radiacion lunar equivale á la de una bujía colocada á doce metros de distancia. Con esta débil accion no se pueden explicar ciertamente los cambios del tiempo.

Todo esto se refiere á la teoría. Veamos ahora los hechos.

Los hechos no prueban nada tampoco, añaden los astrónomos, en favor de la preocupacion popular. Se han reunido muchas observaciones, y no se ha sacado de ellas nada en limpio. Verdad es que Toaldo, Flaugergues, Viviers, Pilgram, Harrsson, Johnson, del Observatorio de Raddiff; Schübler, Gasparin y otros han creído reconocer cierta accion; pero tan vaga, tan poco determinada, que no puede tomarse en consideracion. ¿Quién ha encontrado nunca exacto el sistema de Toaldo, que consiste en atribuir seis probabilidades contra una de cambios de tiempo en la luna nueva, cinco en el plenilunio, dos en cada uno de los otros cuartos, cinco en el perigeo y cuatro en el apogeo?

Arago, en un estudio que consagró á la cuestion, dice formalmente que la influencia de las fases de la Luna sobre el tiempo es un error.

Sin embargo, en contra de una opinion tan extendida, se admite cierta influencia de la Luna sobre la lluvia. De la discusion de las observaciones y de las investigaciones de Schübler, Pilgram, Poilevin y Gasparin, deduce Arago que cae más agua en el segundo octante de la Luna que en cualquiera otra época, y más tambien en el perigeo que en el apogeo; pero no por esto se puede clasificar á Arago entre los partidarios convencidos de la influencia lunar.

No debemos omitir en este proceso contra nuestro satélite un último argumento perentorio de los astrónomos, un argumento que deberia probar para siempre el absurdo de la creencia de la accion lunar. Los efectos de nuestro satélite son generales y se aplican tan naturalmente aquí como allí; sucede que llueve en Paris, por ejemplo, y que hace excelente tiempo en Orleans; la Luna es la misma en uno y otro punto. ¿Cómo se compagina esto?

M. Faye decia en el Instituto:

«Nunca hay tempestades en Lima; nunca ha caído un rayo en Santa Helena, mientras hay tempestades y caen rayos todos los dias en las Molucas, en las islas de la Sonda; y la

Luna, en todos esos puntos, tiene las mismas fases que entre nosotros. En todas partes, por el contrario, el Océano fluye y refluye...»

Para el público instruido, la demostración es completa y perfectamente clara. Los astrónomos están unánimes en declarar que nuestro satélite no tiene nada que ver con los cambios del tiempo.

Hemos tomado en lo que precede la parte más ancha de las opiniones reinantes. Permítasenos ahora apretar un poco la cuestión.

Desde luego, ¿cómo los sabios de alto vuelo han podido discutir gravemente la misión de las mareas aéreas sobre los cambios del tiempo y de la formación de la lluvia? El cálculo y la experiencia están acordes en demostrar que las mareas aéreas son muy pequeñas; pero aunque fueran muy apreciables, ¿bastarían nunca para formar la lluvia y el buen tiempo? Cualquiera debe pensar que para formar la lluvia se necesita agua. ¿Puede suponerse que la Luna pueda pasar al estado de receptáculo gigantesco que un silfo maligno abre de vez en cuando sobre nuestras cabezas? Si no hay agua no hay lluvia, esto es indiscutible. Para que se produzca un cambio de tiempo es necesario que corrientes de aires, procedentes del Océano y saturadas de humedad, vientos lluviosos, invadan nuestras latitudes, lo mismo que para que la sequía suceda á la lluvia es preciso que vientos secos del Continente ocupen el lugar de las corrientes húmedas. Así, pues, si la Luna ejerce una influencia cualquiera en el tiempo, es evidentemente haciendo prevalecer en una región dada vientos secos ó vientos húmedos; en otros términos, la acción de nuestro satélite debe únicamente residir en el cambio de las corrientes aéreas, ya secas ó lluviosas, que se disputan las regiones de la atmósfera.

La marea aérea se encuentra, pues, fuera de combate.

No es esto decir que neguemos toda influencia á la marea aérea. Los marinos creen que la lluvia se presenta frecuentemente con la marea; y Toaldo afirma que de 760 lluvias observadas, 646 han empezado cuando la Luna pasaba por el meridiano, un cuarto de hora más ó menos. Pero para que esta acción se ejerza, es preciso que la atmósfera haya estado preparada y que las corrientes lluviosas la hayan saturado de humedad. La Luna pasaría indefinidamente por el meridiano sin producir lluvia si no hubiese vapor de agua en el aire. Es pueril decir: «Pero hay regio-

nes en que no llueve nunca, y sin embargo, la Luna obra sobre esas regiones como en todas partes». ¿Cómo ha de obrar, si en esas regiones circula constantemente un aire seco, desprovisto de vapor de agua? Repetimos que si no hay agua en el aire no hay lluvia. Si se hace funcionar una bomba en terreno seco, jamás producirá agua.

Se dice por antítesis: «En todas partes el Océano sube y baja sufriendo la influencia de la Luna». Naturalmente; porque en todas las partes en que se encuentra el Océano hay agua. La Luna influye sobre los continentes como sobre los mares.

Invocando simplemente el buen sentido, se llega á buscar la influencia de la Luna en el cambio de las corrientes atmosféricas, y no en otra cosa. Ahora, ¿tiene teóricamente razón de ser la misión de nuestro satélite en la distribución de las corrientes lluviosas? Veamos.

La observación demuestra que el Sol en su carrera anual, al pasar de un hemisferio al otro, arrastra consigo toda la atmósfera terrestre; la cambia notablemente, y cambia con ella las corrientes que circulan en esta envoltura gaseosa. Por ejemplo, los vientos alisios que reinan en cada hemisferio alrededor del Ecuador, se acercan á nuestras latitudes en Verano y se alejan en Invierno. Los navegantes encuentran los vientos del N. E. en Verano al traves de Portugal, y los siguen hasta las cercanías del Mediterráneo. Lo mismo sucede con las corrientes marinas. Las circulaciones atmosféricas y marinas suben y bajan con el Sol. Esto es un hecho. Las perturbaciones que resultan de estas variaciones semianuales producen los temporales tan conocidos de los equinoccios.

El Sol obra como un foco calorífico móvil, pero su atracción debe tener también una parte en el fenómeno; porque la masa de aire sobre la cual se ejerce su influencia es aquí considerable; es la atmósfera entera. Produciendo el Sol alteraciones anuales en las corrientes, es lógico suponer que la Luna producirá igualmente variaciones mensuales en las grandes circulaciones atmosféricas. Nuestro satélite, al pasar cada mes de un hemisferio á otro, determinará cambios en la circulación de los ríos aéreos, y podrá hacer penetrar en una región, según sus posiciones combinadas con las del Sol, los vientos lluviosos que pasaban de largo ántes. La Luna hará, por ejemplo, retroceder los vientos del Norte y aproximar los del Sur. Al buen

tiempo sustituirá la lluvia. Tal es el mecanismo por el cual la Luna debe poder ejercer su acción sobre los cambios del tiempo.

Ningun astrónomo, ningun meteorólogo se ha preocupado de plantear el problema bajo este punto de vista. No se ha intentado estudiar con cuidado cómo se distribuye la lluvia según la latitud cuando nuestro satélite pasa del hemisferio boreal al austral y viceversa. Por el contrario, siempre se ha tratado de disfrazar esta influencia. Así, cuando se ha inventado investigar la influencia comparada de los plenilunios, apogeos, etc., no se ha tenido en cuenta que los plenilunios de Invierno y los de Verano sobrevienen cuando el astro ocupa posiciones diametralmente opuestas, y deben, por lo tanto, producir resultados distintos en cada seis meses. Se han agrupado sin malicia todos los plenilunios de veinte años, sin tener en cuenta sus influencias contrarias en Verano y en Invierno. Así se ha procedido en todas las discusiones, y luego se han sorprendido de no llegar en el establecimiento de los términos medios á ningun resultado práctico! La cuestión está, por lo tanto, sin estudiar. Hay que volver á empezar, y hasta nueva orden no se puede sostener legítimamente que la opinión popular sea una preocupación ó un error.

La tradición relativa á la influencia lunar es muy vaga. El tiempo cambia con la Luna, no se piensa más. No se dice que el plenilunio ú el novilunio produzca la lluvia; se piensa solamente que con un cambio de Luna vendrá un cambio de tiempo. Y en efecto, si la hipótesis en que nos colocamos no es verdadera, no hay nada absoluto; lo mismo una fase que otra de la Luna puede producir el bueno ó el mal tiempo.

La misma Luna puede producir igualmente la lluvia ó la sequía en dos regiones vecinas. Basta para esto que los dos puntos se encuentren sobre el límite de las corrientes húmedas ó secas. Así es que observaciones y predicciones hechas en puntos cercanos están frecuentemente en desacuerdo. Este desacuerdo puede ser completo á veinte leguas de distancia. ¿Y se sostendrá por esto que nuestro satélite no tiene influencia alguna? Es claro que la cuestión es mucho más compleja de lo que se ha creído hasta aquí.

Nos falta espacio para insistir en otros detalles. Por otra parte, en este rápido bosquejo no nos hemos propuesto demostrar la acción lunar, sino simplemente probar la de-

ficiencia de los argumentos que se han opuesto desde Bouvard y Arago á la tradición popular.

Terminemos por esta conclusión, tan prudente como amplia: Si todavía no es permitido creer con los marinos y las gentes del campo que la Luna desempeña un papel en el mecanismo de los grandes movimientos de la atmósfera, no hay fundamento tampoco para afirmar de una manera absoluta que nuestro satélite no ejerce influencia alguna sobre los cambios de tiempo.

ENRIQUE DE PARVILLE.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro primero.

CAPÍTULO PRIMERO.

Prolongábase el espectáculo. La vieja Bárbara habíase asomado á la ventana más de una vez, en la esperanza de oír el ruido de los coches. Mariana, su bella señora, debía admirar al público aquella tarde bajo el disfraz de jóven oficial, y la vieja esperaba su llegada con mayor impaciencia que de costumbre, porque además de la comida frugal cotidiana, le preparaba la agradable sorpresa de un regalo que Norberg, jóven y rico comerciante, había remitido por la diligencia, como testimonio de que no olvidaba en la ausencia á su adorada. En su calidad de antigua criada, de confidente, de intermediaria en los negocios, de cocinera y consejera, Bárbara disfrutaba del derecho de abrir la correspondencia, y había resistido aquella tarde más que nunca á su curiosidad, por cuanto que apreciaba más que Mariana misma la fidelidad del generoso amigo. Con gran contentamiento suyo había encontrado en el paquete una pieza de muselina y muchos rollos de cintas de las más ricas y más á la moda, con destino á Mariana, y para sí, una pieza de tela adamascada, lindos pañuelos, y una pequeña cantidad de dinero. Tan alegre y reconocida estaba por tales dones, que había decidido recordar seriamente á su se-

ñora cuánto debía á Norberg y cuán acreedor era éste á su fidelidad.

La muselina, realzada por los vivos colores de las cintas á medio desarrollar, estaba expuesta sobre la mesa como un presente de Navidad: la disposicion de las luces daba á esta ofrenda un brillo deslumbrador. Todo estaba en orden cuando la vieja oyó sonar los pasos de Mariana en la escalera. Corrió á su encuentro; pero ¡cuál no sería su decepcion al verse rechazada por el pequeño oficial femenino, que se precipitó en su cuarto, arrojó lejos de sí su espada y su sombrero de plumas, y se paseó dando muestras de agitacion, sin dignarse mirar una sola vez los presentes expuestos con tanta solemnidad é iluminados tan brillantemente!

—¿Qué tienes, mi pequeña alhaja? gritó Bárbara sorprendida. En nombre del cielo, hija mia, ¿qué te pasa? Mira ese regalo. ¿Quién sino tu tierno amigo puede habértelo hecho? Norberg te envia esa muselina para que con ella te hagas chambras, porque su regreso está próximo, y me parece más tierno y más generoso que nunca.

Dicho esto, quiso enseñar los objetos que la estaban destinados, pero Mariana volvió la vista y dijo con pasion:

—Dejadme, dejadme; hoy no quiero oir hablar de nada de eso. Te he obedecido: tú lo has querido, sea. Si Norberg regresa, le perteneceré de nuevo, te perteneceré, harás de mí lo que quieras: hasta entónces no quiero ser de nadie más que *mia*, y no cambiarias en nada mi opinion, aun cuando tuvieras mil lenguas. Lo mio que hay en *mi* es de quien me ame y á quien ame. No más gestos. Me abandonaré á este amor como si debiera durar eternamente.

La anciana no dejó por eso de significar su descontento; pero como en el calor de la discusion llegara hasta el epigrama y el insulto; Mariana se abalanzó sobre ella y la cogió por la garganta. Bárbara soltó una sonora carcajada.

—Ya veo, dijo, que para conservar mis dias es preciso que me apresure á ponerte otro vestido: la niña me suplicará perdone al oficial imberbe su locura. Fuera ese traje, abajo todo ese brillante uniforme; es un disfraz incómodo para vos, hermosa niña: las espuelas os trastornan.

Y extendió la mano hácia Mariana, la cual se separó.

—No tan pronto, dijo; aún espero esta tarde una visita.

—Tanto peor, respondió Bárbara. Después de todo, confio en que no será ese jóven y tierno hijo de mercader tan mal trazado?

—El mismo.

—Parece que la generosidad empieza á ser vuestra pasion dominante, replicó la vieja con ironía. ¡Qué celo! ¡Cuánto ardor para las medianías y gentes sin fortuna! ¿Tan seductora cosa es hacerse adorar como dispensadora desinteresada de la suprema felicidad?

—Búrlate cuanto quieras. ¡Le amo! ¡le amo! ¡Con qué fruicion pronuncio esta palabra por vez primera! Esta es la pasion que tantas veces he pintado y de la cual no tenía idea alguna. Quiero arrojarme en sus brazos, abrazarme á él como si fuera suya por toda la eternidad; quiero darle á conocer toda la fuerza de mi amor, quiero gozar del suyo en toda su plenitud.

—Moderaos, dijo tranquilamente la vieja, moderaos: una sola palabra mia bastará para suspender vuestra alegría. Norberg llega; estará aquí dentro de quince dias. Ved su carta que acompañaba á su regalo.

—Aunque el sol de mañana debiera arrebatarme á mi amigo, quisiera ignorarlo. ¡Quince dias! ¡quince dias! ¡Uná eternidad! ¡Qué no puede suceder en quince dias! ¡Cuántos cambios no pueden ocurrir!

Entró Guillermo, ella voló á su encuentro. El jóven abrazó delirante el rojo traje del oficial y estrechó contra su pecho el pequeño chaleco de saten blanco. ¿Cómo describir la felicidad de los dos amantes? La vieja se retiró murmurando. Retirémonos con ella y dejémoslos solos con su dicha.

CAPÍTULO II.

Al dia siguiente entró Guillermo en la habitacion de su madre: ésta le habló de lo descontento que de él estaba su padre, y que iba á prohibirle que fuera todos los dias al espectáculo.

—Yo misma voy muy gustosa, contiduó; pero maldigo, sin embargo, ese placer desde el momento en que el uso inmoderado que haces de él, turba la paz de mi hogar; tu padre no cesa de repetirme: ¿Qué bienes reporta? ¿Puede perderse el tiempo así?

—Otro tanto me ha dicho muchas veces, y quizas le he contestado con demasiada viveza; pero en nombre del cielo, madre mia, ¿debe ser mirado como inútil todo aquello que no

aumenta directamente nuestros intereses y que no nos procura una posesion inmediata? ¿No vivíamos con holgura en nuestra antigua casa, y ha sido necesario construir una nueva? ¿No dedica mi padre todos los años una parte importante de los beneficios de su comercio al arreglo de nuestras habitaciones? ¿Las tapicerías de seda y los muebles que manda traer de Inglaterra no son inútiles? ¿No podríamos vivir sin tantos gastos? Por lo que á mi respecta, confieso que esos muros pintorreados, esos ramos de flores mil veces reproducidos, esos canastillos, esas guirnaldas, me impresionan muy desagradablemente. Cuando más, las hallo convenientes para un telon del teatro. ¡Cuán diferente es el sentimiento que se experimenta enfrente de un telon semejante, por mucho que se haga esperar el momento de levantarse! Se sabe que llegará y presentará á nuestros ojos una multitud de objetos que nos agrada, nos ilumina y nos eleva.

—Sé al ménos moderado; padre quiere que se le haga compañía por la noche: pretende que el teatro te pervierte, y por último, cuando está de mal humor yo soy la que lo sufre. ¡Cuántas veces me ha recordado en son de censura el maldecido teatro de muñecos que os regalé en Navidad, hace doce años, y que os inspiró esa afición desordenada por el espectáculo!

—No os arrepintais de vuestra solicitud maternal, no maldigais el teatro de polichinelas: á él debo los primeros instantes de felicidad que he tenido en esta casa tan triste para mí. Todavía recuerdo la extraña emoción que sentía cuando despues que hubimos recibido los regalos ordinarios, nos hicieron tomar asiento delante de una puerta que daba paso á otra habitacion; abrióse, no para que pasáramos, porque en su embrazadura se levantaba un portal cubierto con un velo misterioso. Le admiramos un momento de léjos y experimentamos el vivo deseo de ver de cerca el centellante objeto que ocultaba á nuestras miradas aquella envuelta semitransparente. Designóse á cada uno de nosotros el sitio que debía ocupar, y se nos mandó que aguardáramos con paciencia. Toda la gente se sentó y permaneció tranquila. Oyóse luégo un silbido. Alzóse el velo y se descubrió el interior de un templo. El color dominante de la decoracion era el rojo. Aparecieron en escena el gran sacerdote Samuel y Jonathan: las raras inflexiones de sus voces me parecieron muy venerables. A su tiempo llegó Saul, á

dar á entender la situacion embarazosa en que le colocaba la impertinencia del colosal guerrero que acababa de desafiar á él y á los suyos. ¡Qué alegría la mia al ver llegar dando brincos al pequeño hijo de Isaías, el zurron á su espalda, en una mano el cayado y la honda en la otra! ¡Y qué dichoso fuí al oírle decir á Saul: «Muy grande y muy poderoso señor y rey, que ninguno se acobarde por ese reto. Si vuestra majestad me lo permite, yo iré al encuentro del formidable gigante y le deafiaré á mi vez!»

Así finalizaba el primer acto; ardíamos todos en deseos de saber en qué pararia aquello; la música que llenaba los entreactos parecíanos interminable. Por fin se levantó el telon. David hacia voto de entregar el cuerpo del filisteo á las aves de rapiña y á las bestias feroces: el filisteo blasfemaba y heria la tierra con los pies; pero no tardó mucho en caer como un leño, y dió así á la unidad de accion un desenlace magnífico. En tanto que las vírgenes cantaban: «Saul ha destruido mil enemigos, David ha destruido diez mil»; miéntras llevaban la cabeza del gigante al pequeño vencedor, y se desposaba á éste con la encantadora hija del rey, un disgusto amenguaba mi alegría: era el de ver á aquel príncipe feliz dotado de una estatura de enano; porque al representar los dos personajes habianse exagerado las ideas conocidas sobre la altura de Goliat y la pequeñez de David. Decidme, os lo ruego, qué ha sido de aquellos muñecos. He hecho promesa de enseñarlos á un amigo, el cual se ha divertido mucho oyéndome narrar este juego de mi infancia.

—No me sorprende el vivo recuerdo que conservas de él, contestó la madre; porque siempre te inspiró muy grande interes, y has llegado hasta robarme el libro que contiene la pieza que aprendiste de memoria. Me apercibí del hurto una tarde en que modelabas en cera un David y un Goliat, y que despues de haberlos hecho perorar uno enfrente del otro, diste un golpe al gigante que hizo caer su enorme cabeza, la cual fijaste á la mano de David con un alfiler muy grande cubierto de cera. Tan maternalmente orgullosa de tu memoria y de tus discursos patéticos me sentí entónces, que te confié la direccion del pequeño teatro. ¡Ah! ¡Cuán léjos estaba de prever los disgustos que habia de acarrear-me aquella vanidad!

—Mi buena madre, no os arrepintais una vez más de vuestra bondad; ¡aquel dia nos proporcionó á todos tanta dicha!

Después pidió la llave de la habitación donde estaban encerrados los muñecos y salió al punto en su busca. A su vista sintióse un poco trasportado á la época feliz en que los creía animados, y en la que con efecto los animaba con la vivacidad de su voz y la agilidad de sus dedos. Llevólos á su habitación, donde los guardó con mucho cuidado.

CAPÍTULO III.

Si un primer amor, como he oído decir siempre, es el más bello de los sentimientos que puede experimentar el corazón humano, debemos felicitar mil veces á nuestro héroe por haber podido gozar en toda su majestad de ese único instante de dicha posible. Pocos hombres se ven tan favorecidos por la suerte; para la mayoría, las primeras emociones no son más que una ruda prueba que después de algunos gozos penosos les obliga á renunciar á sus deseos más loables y á mirar como imposible la mayor de las felicidades.

En alas de su imaginación, Guillermo había elevado sus sueños hasta la seductora Mariana; había conquistado pronto su amor y pesea á esta mujer que amaba y veneraba, porque habíasele aparecido con todas las ilusiones dramáticas, y su pasión por el teatro estaba confundida así con su primer amor hacia una criatura femenina. Su juventud prestaba á esta relación una poesía que sostenía y escondía incesantemente su amor. La posición de su amada, reducida á temer á cada instante el regreso de Norberg, daba á su conducta las apariencias de la timidez y del pudor. Su amor por él era violento; la inquietud misma acrecentaba su ternura; en los brazos de Guillermo era también la adorable criatura soñada por él. Repuesto apenas de la embriaguez de una primera posesión, miró á su pasado, y creía haber empezado una vida nueva. Sus deberes le parecían más sagrados, sus pensamientos más vivos, más sólida su instrucción, más poderosas sus facultades y sus resoluciones más firmes. En tal disposición de sentimientos halló fácilmente el medio de gozar del amor de Mariana sin exponerse á las repulsas de su padre y sin despertar la inquietud en su madre. Asiduo en sus ocupaciones durante el día, renunció al espectáculo y entretuvo sus veladas hablando con su padre; pero cuando todo dormía á su alrededor, salía por la puercecilla del jardín, y más apasionado que todos los Lindoros y Leandros posibles, salvaba de

un tirón la distancia de su casa á la de su amada.

—¿Qué traeis ahí? le dijo Mariana una tarde que se presentó en su casa con un enorme paquete, á cuya vista se despertó en el corazón de la vieja la esperanza de un rico presente.

—Os desafío á que lo adivivineis, respondió Guillermo.

¡Cuál fué la sorpresa de Mariana y el desengaño de Bárbara cuando, desenvuelta la servilleta, dejó caer un grupo confuso de rígidos muñecos. Mariana soltó la carcajada, mientras que Guillermo desenredaba los enmarañados alambres, con el fin de presentar cada personaje separadamente de los demás; la vieja volvió refunfuñando la cabeza.

¡Cuán poco se necesita para entretener á los amantes! Los nuestros pasaron una sesión muy agradable; la pequeña compañía fué revistada cuidadosamente y examiando cada personaje. El rey Saul, con su gran vestido de terciopelo negro y su corona de oro, pareció á Mariana demasiado tieso y muy pedantesco; pero la barba lisa, el turbante y el vestido amarillo y rojo de Jonathan obtuvieron su aprobación.

En cuanto al profeta Samuel, apesar de de los enfáticos elogios que hizo Guillermo de su pequeño peto, y de asegurar que el tafetan morado de su cota procedía de un vestido antiguo de su abuela, no fué digno de la atención de la traviesa niña. David le pareció muy pequeño, y Goliat muy grande. Entregóse definitivamente á Jonathan y le prodigó dulces caricias, de las cuales obtuvo Guillermo la mejor parte, por más que esta niñería no fuera sino el preludio de un placer más vivo.

Un ruido que se produjo en la calle les hizo volver de su delirio. Mariana llamó á la vieja, que según costumbre estaba ocupada en arreglar un traje antiguo para el nuevo papel que debía representar su señora. Interrogada acerca de la causa del tumulto, contestó que un tropel de gente joven acababa de salir de la bodega italiana, á la cual habían llegado aquel mismo día ostras frescas, y donde no habían economizado el champagne.

—Lástima es que no lo hayamos sabido antes, exclamó Mariana; también hubiéramos podido divertirnos.

—Me parece que aún es tiempo, dijo Guillermo, entregando un luis de oro á la vieja. Id á buscar lo que hace falta; comereis con nosotros.

Pronto halláronse los dos amantes delan-

te de una mesa convenientemente servida. Hicieron sentar á Bárbara cerca de ellos; se bebió, se comió y se consideraron dichosos.

La conversacion no languidece jamas en semejantes circunstancias. Mariana puso en movimiento é hizo hablar á su Jonathan, y la vieja conversó con Guillermo.

—Muchas veces nos habeis hablado de la primera representacion de un teatro de muñecos que tuvo efecto una tarde de Navidad, le dijo; la relacion era muy entretenida, pero siempre la habeis dejado en el momento en que iba á comenzar la danza. Tiempo es ya de que conozcamos el respetable personal que os produjo efecto tan maravilloso...

—Sí, sí, dijo Mariana interrumpiéndola; cuéntanos todo lo que entónces experimentaste.

Siempre recuerda el hombre las alegrías de la primera edad y sus inocentes errores con una dulce emocion, replicó Guillermo; pero este recuerdo es más seductor aún cuando se presenta en el instante mismo en que acaba de llegar á una cima desde donde su mirada abarca todo el camino que ha recorrido. La necesidad de estar satisfechos de nosotros mismos hace que encontremos un encanto imposible de expresar en el recuerdo de los obstáculos que hemos vencido, aunque más de una vez nos hayan parecido insuperables; y nos es grato comparar lo que hemos sido ántes y lo que somos despues de nuestro desarrollo. Al hablarte de mi pasado seré doblemente feliz, puesto que mis miradas podrán detenerse sobre la sen la que seguimos juntos, tu mano en la mia.

—¿En qué paró la danza? dijo la vieja, miedo tengo de que no surgiera de ella algun accidente enojoso.

—Todo concluyó de la mejor manera, contestó Guillermo, y jamas olvidaré el éxtasis en que me sumieron los saltos maravillosos de los negros y de las negras, de los pastores y las pastoras, de los enanos y de las enanas. El telon volvió á caer, cerróse la puerta; el pequeño público, ebrio de felicidad, se dirigió vacilando hacia el lecho. Yo sólo no pude conciliar el sueño; pregunté á la muchacha que me acostaba, pero ella se alejó de mí sin responderme.

A la mañana siguiente todo el andamiaje habia desaparecido; la puerta del velo misterioso no era más que un paso de una habitacion á otra; tantas maravillosas aventuras no habian dejado en pos de sí huella alguna. Mis hermanos, mis hermanas, se di-

vertian como ordinariamente con sus juguetes; yo andaba errante, solo y sin objeto; no podia acostumbrarme á la idea de no ver más que dos jambas allí donde la víspera habia visto realizarse milagros. ¡Ah! El hombre que corre tras un amor perdido no llegaria á ser tan desgraciado como lo fuí yo entónces.

Y mirando con pasion á Mariana, parecia decirle que no imaginaba que fuera posible llegar hasta semejante desgracia.

CAPÍTULO IV.

—Desde ese momento, continuó Guillermo, no tuve otro deseo que ver una segunda representacion. Pedí este favor á mi madre, habló á su marido, el cual le respondió que el placer no tenía verdadero atractivo sino cuando se disfrutaba de tarde en tarde, y que los niños, como los que ya no lo eran, no apreciaban nunca el bien de todos los dias. Hubiéramos esperado mucho tiempo, quizas hasta la Navidad siguiente, si el autor ó director íntimo de nuestro teatro no se hubiera anticipado á repetir la representacion, deseoso de dar á conocer un nuevo polichinela construido por él. Era este anónimo autor de nuestros placeres un jóven oficial de artillería dotado de gran talento, y sobre todo, mecánico habilísimo. Sus consejos habian sido de mucha utilidad para mi padre en la construccion de su casa, y tan generosamente le hubo de recompensar, que el jóven se creyó obligado á regalarnos, con motivo de las pascuas de Natividad, el teatro que habia construido, ensamblado y pintado en sus horas de ocio de tiempos anteriores. Era él quien, secundado por un criado inteligente, habia puesto en accion los polichinelas y recitado sus papeles fingiendo su voz. Este amable amigo obtuvo de la condescendencia de mi padre un permiso que hubiera negado á sus hijos, obediente á sus principios. Volvióse á abrir el teatro; fueron invitados algunos vecinos, y David alcanzó una nueva representacion.

La primera vez habia experimentado los goces de la sorpresa y del asombro; la segunda, completáronse mis sensaciones por medio de la atencion y el espíritu de investigacion. ¿Cómo se hace todo esto? me preguntaba sin cesar.

Que los muñecos no eran los que hablaban, lo comprendí la primera vez; que sus movimientos no eran propios, lo sospechaba tambien; pero como, sin embargo, todo ello era

tan lindo, ¿por qué parecía que eran ellos los que hablaban y se movían? Estos problemas me preocupaban tan vivamente, que hubiera querido ser á la vez encantado y encantador; manejar un polichinela y disfrutar á un tiempo mismo como espectador de los goces de la ilusión.

Después de la comedia, debía disponerse la farsa final; los pequeños espectadores se habían levantado y hablaban entre sí. Yo, en tanto, me acerqué á la puerta, y al escuchar un ruido, indicio de un objeto que se movía, levanté la cortina que adornaba la parte inferior del teatro; y me puse á mirar á través del tablado. Apercibióse mi madre y me apartó de allí, no sin que hubiera tenido tiempo para ver que se encerraba á Saul y á Goliath, amigos y enemigos indistintamente, en una caja de compartimentos; mi sed de saber, satisfecha á medias, se hizo más ardiente. También reconocí al joven oficial, que con gran sorpresa mía lo dirigía todo en el santuario. No obstante, desde entonces, los chistes y los brincos de los muñecos no podían entretenerme. Caí en una profunda meditación; desde este descubrimiento estaba á la vez más tranquilo y más inquieto que antes. Después de haber aprendido algo, me pareció que no sabía nada, y tenía razón; faltábame el conocimiento del conjunto, del cual dependen todos los conocimientos humanos.

CAPÍTULO V.

—En las familias bien constituidas, continuó Guillermo, los niños tienen un instinto muy semejante al de los ratones y las ratas. Agujero ó ranura que dé paso á algun depósito de golosinas, no escapa á su vista, y saborean los frutos prohibidos con una dicha que constituye la mayor parte de los goces de su edad.

De todos mis hermanos y hermanas, era yo el primero en apercibirme de una llave olvidada en una cerradura. Mi santo respeto por las puertas cerradas, delante de las que pasaba días y meses sin poder mirar por ellas, cuando mi madre abría aquellos santuarios, me procuraba toda la seguridad necesaria para aprovechar los instantes en que disminuía en algo la vigilancia de la gobernadora de la casa.

Es fácil adivinar que de todas las puertas, la de la despensa era el objeto de todas mis preferencias. No olvidaré nunca el placer que

experimentaba siempre que mi madre me hacía penetrar en aquel sitio para ayudarme á trasportar alguna cosa: siempre salía de él con los bolsillos llenos de frutas, que debía, tanto á su liberalidad, cuanto á mi astucia. Los tesoros acumulados en aquel lugar, refluían tan poderosamente sobre mi imaginación, y de tal manera halagaban mi olfato las emanaciones de los manjares y de las especias, que cuidaba hallarme cerca de él, siempre que la puerta se entreabía, con el fin de entregarme por completo á aquella voluptuosa atmósfera. Un domingo por la mañana fué sorprendida mi madre por la campana que llama á los fieles á la iglesia; un silencio dominical reinaba en toda la casa: yo me apercibí de que la llave de la despensa estaba en la cerradura. Di primero muchos paseos á lo largo del muro con un abandono afectado; luego me coloqué sin hacer ruido alguno al lado de la puerta: la abrí y me hallé de repente en medio aquella suma de tesoros, tanto tiempo deseados. Mis miradas se detenían alternativamente sobre los sacos, los cajones, cajitas y pequeñas vasijas. No sabiendo qué escoger, me limité á mis queridas ciruelas, á las que añadí algunas peras y un puñado de cortezas de naranja en confitura. Alegre de mi botín, iba á salir con la misma prudencia que había entrado, cuando llamaron mi atención dos cajas sobre las que se elevaban alambres terminados por pequeños corchetes. Impulsado por un secreto presentimiento, me puse á escudriñarlos. ¡Qué celeste sensación la mía al descubrir que los héroes, mis amigos, estaban hacinados dentro! A mi primera tentativa para levantar algunos personajes, se enredaron los alambres y los corchetes, lo que me causó un espanto, tanto más terrible, cuanto que oí ruido en la cocina. Introduciendo en desorden los alambres que había levantado, cogí el pequeño libro manuscrito que contenía el drama de David, y subí con cauteloso paso á refugiarme en una buhardilla.

A partir de este día, pasaba las horas de recreo ocupado en leer ó recitar el drama, y me imaginaba cuán bello sería todo aquello si al mismo tiempo pudiera hacer maniobrar á los pequeños actores. En todos los rincones del granero, de la cuadra y del jardín, estudiaba íntimamente la pieza: me distribuía todos los papeles y los aprendía con entusiasmo; sólo me identificaba con los héroes: los demás actores quedaban postergados en

mi memoria como comparsas. Día y noche preocupábanme las generosas palabras de que se valia David para provocar á Goliath; y me las repetia en alta voz. Nadie se fijó en mi estado, excepto mi padre, cuya atencion llamaron mis extrañas exclamaciones, y al que admiró la memoria de su pequeño hijo, convencido como estaba de que las dos representaciones del drama habian bastado para que retuviese largas tiradas de él.

Entusiasmado con este éxito, una tarde me puse á recitar casi toda la obra delante de mi madre, valiéndome á la vez de algunas pequeñas figuras de cera. Sorprendióla esto; me abrumó á preguntas; y le confesé todo. Felizmente para mí, el teniente habia ya expresado el deseo de iniciarme en los secretos de nuestras representaciones dramáticas. Dióle á conocer mi madre el talento y disposiciones de su hijo, y de tal manera y tan bien se las compuso, que logró dos cuartos deshabitados, uno de los cuales se habilitó para los espectadores, y el otro para el teatro, cuyo próscenio lo constituia la puerta. Mi padre protestaba que habia hecho tal concesion, cediendo sólo á las instancias de su joven amigo. Fiel á sus principios, no queria dejar ver á su hijo lo mucho que lo amaba; sostenia tambien que es preciso siempre aparecer grave ante sus alegrías, y turbarlas á veces para mantenerlos en los límites del respeto y de la moderacion.

GOETHE.

Continuará.

CRÓNICA DE LA SEMANA

Al inaugurar estas crónicas generales, necesarias en una publicacion como la nuestra, para tener al corriente á nuestros lectores de los acontecimientos políticos, administrativos, diplomáticos y literarios de Europa que no son tratados directa y especialmente en las columnas de nuestra REVISTA, debemos empezar fijando las condiciones esenciales de la política, de los partidos y de los hombres de España en el actual momento histórico, á fin de estudiar despues sobre una base fija, aunque ajustada á nuestro criterio, el desarrollo de los acontecimientos y sucesos que se relacionan con la cosa pública.

Ligero y breve ha de ser este estudio preliminar, porque precisamente se trata de

asuntos de conocimiento muy extendido, merced á las publicaciones políticas diarias; pero como no hemos de prescindir nunca del criterio francamente liberal, aunque nunca exagerado, á que responden nuestras opiniones, tenemos que juzgar, siquiera sea someramente, la situacion actual de los partidos con relacion á las necesidades políticas creadas por los circunstancias de España, considerada en sí misma, y como parte integrante de la colectividad que impulsa el movimiento político y social de Europa.

Acatamos todas las leyes que nuestro país se da por los procedimientos establecidos; partimos de todos los hechos consumados; respetamos las instituciones actuales hoy, como respetaremos mañana todas las que nazcan ó puedan nacer del desarrollo de los acontecimientos, especialmente por las vías legales; juzgamos la política desde una esfera, si no más elevada, más imparcial de lo que lo hacen los hombres políticos afiliados á los partidos militantes, y por lo tanto no hemos de romper lanzas nunca por cuestiones de forma, que para nosotros son, si no indiferentes, de interes bastante pasivo; aspiramos á que sea posible llevar á la práctica las grandes teorías que informan la civilizacion moderna; defendemos ideas y principios de libertad y de progreso, para que á su sombra, única fructífera, puedan desarrollarse todos los gérmenes morales y materiales del bienestar de los pueblos; pero si alguna vez proponemos reformas justificadas y ventajosas, ó manifestamos aspiraciones ó tendencias convenientes, conste que lo haremos sin tratar de sublevar á nadie contra ninguna prescripcion de ninguna ley escrita. Nuestra mision sólo es posible y sólo la aceptamos en el terreno de las teorías y del convencimiento, nunca en el de la resistencia ni en el de la lucha ardiente que envenenan frecuentemente las relaciones entre los hombres y los partidos.

Consideramos al partido conservador-liberal, que ha formado y dirige el ilustre Cánovas del Castillo, como una necesidad, ya que no de la época, de los acontecimientos; pero creemos que su conducta no se ha ajustado siempre á los principios de justicia que requería hasta para su propia conservacion. Ni en la definicion de sus principios, ni en la interpretacion de sus leyes, ni en la práctica de su vida política, ha sabido ocupar el puesto que le designaban la conveniencia pública y su interes.

La teoría de los partidos legales é ilegales; cierta intolerancia que ha demostrado desde su advenimiento al poder, en la cuestión de la enseñanza oficial y de las opiniones particulares de los profesores; la interpretación algún tanto restrictiva que ha dado á la letra de las leyes que consagran la tolerancia religiosa; el lujo de dificultades para la emisión del pensamiento de que ha revestido su ley de imprenta, y otras circunstancias que no debemos citar en este momento, son exageraciones que han dado mucho color, y aún sabor, á su política en sentido reaccionario, desnaturalizando, por falta de ideas fijas y sobra de espíritu acomodaticio á las soluciones eventuales, la índole de un partido que por conservador debe ser un dique á las tendencias exageradas, y por liberal, amigo y coadyuvador del progreso lento y verdadero de las ideas.

El general Martínez Campos, que hoy constituye Gobierno con hombres del partido conservador-liberal, y el general Jovellar ó el Sr. Ayala, que pueden quizá constituirlo mañana en las mismas condiciones, no parecen dispuestos á alterar las condiciones esenciales, los vicios de conducta política que ha demostrado el partido de que forman parte. El Sr. Romero Robledo es un porvenir, no decimos esperanza, pero un porvenir incierto, vago, indeterminado. Demuestra unas veces condiciones de carácter, y otras ductilidad exagerada; es como una pluma que firma hoy y mantiene rotundamente, si no una idea, una medida, y mañana se deja arrebatarse por la más ligera corriente de aire. ¿Adónde le llevarán los vientos políticos del porvenir?

Es evidente que el partido conservador-liberal necesita un reformador en su manera de gobernar y en las aplicaciones de sus principios, empezando por la verdadera definición de sus ideas. ¿Quién podrá ser ese reformador, después de habernos convencido de que Martínez Campos no quiere serlo? Difícil es vaticinarlo. Una reforma de esta clase, á la altura á que se ha llegado, exige una alteración esencial en los elementos constitutivos del partido y jubilaciones sensibles, pero necesarias. Algo se ha iniciado en este sentido, inspirado en buen criterio político; que continúe, y se habrán aprovechado las lecciones de la experiencia sobre los resultados de la política personal dentro de los partidos y de la política de partido dentro de España.

Los constitucionales debieran formar el partido más liberal dentro de las instituciones vigentes, pero para eso les falta franqueza y decisión. Apesar de haber pasado por la revolución, conserva procedimientos tan conservadores en los asuntos de mayor importancia, que casi se confunden con los que corresponden al partido conservador; de modo que no permanece á suficiente distancia de este último, ni tiene por lo tanto justificada y científica razón de ser. Porque no hacemos mucho caso de la actitud en que se supone están ciertas individualidades de este partido; las actitudes que no se fundan en la sólida base de los principios, suelen producir á veces grandes consecuencias; pero no dan carácter á un partido, sobre todo cuando se sostienen por una minoría ó una clase determinada del mismo, como sucede en esta ocasión. Quizá por esto no ha sido ya poder el partido constitucional después de la restauración; confesamos de buen grado esta consecuencia, pero insistimos en que no afecta de ningún modo tal circunstancia á los principios relativamente reaccionarios y procedimientos absolutamente conservadores de los constitucionales. Hace falta, pues, otro reformador en este partido.

Los que no necesitan reformadores son los grupos democráticos; por tener muchos y obrar todos empíricamente, se ve el gran partido democrático dividido y subdividido hasta un extremo verdaderamente lamentable. Si no fueran tan poderosas en nuestro país las circunstancias personales, el partido democrático hubiera conseguido ya más libertad y más progreso y más educación política en el país, y por lo tanto más instrucción pública, cuidándose menos de las cuestiones accidentales y de forma que, tratadas extemporáneamente, se convierten siempre en España en cuestiones capitales, mientras que, relegadas á su verdadero puesto y ocasión, se llegan á resolver con facilidad, y aún á veces por sí mismas ó por las corrientes naturales de los tiempos.

Nada más hemos de decir por ahora de los partidos políticos, porque hablar de moderados, de neocatólicos, por más ilustrados que sean, de tradicionalistas y de cantonales, sería un anacronismo que procuramos no cometer nunca. Tenemos el propósito de inspirarnos siempre en un criterio práctico.

¿Qué resulta de estos precedentes en los partidos? El actual debate de la contestación al discurso de la Corona en el Congreso, de-

bate lánguido alguna vez, enérgico casi siempre, ampuloso, desleído, lleno de detalles y adornos, no todos pertinentes, poco útiles para nadie. La oratoria artística ha llegado á ser un vicio en nuestro Parlamento, pero afortunadamente asistimos á su agonía, no por falta de mantenedores, sino por cansancio de todos, y sobre todo por cansancio del país. Castelar, Cánovas, Martos, Carvajal, están preparando sus funerales. Deseamos que se llegue pronto al R. I. P. para que aparezca en su lugar la oratoria concisa, enérgica y potente siempre, sí, pero breve. Gambetta y Jules Favre la han iniciado con gran éxito en el Parlamento frances, y en España tenemos el derecho y el deber de imitar una forma que es más útil y de mayor efecto, y sobre todo hace perder ménos tiempo. No olviden nuestros oradores que con tres frases bien estudiadas y preparadas se puede reorganizar una mayoría, ganar una votacion, derribar á un ministerio. Las Córtes no deben ni pueden convertirse en academias.

M. SOLOGUREN.

La circunstancia de publicarse este número con dos dias de atraso, nos permite consignar el resultado de la discusion del Mensaje. Doscientos votos de mayoría ha tenido el Gobierno, y sin embargo, ha salido de este debate algo quebrantado; verdad es que, más que el Gobierno, ha salido quebrantado el señor Cánovas del Castillo.

A esta deducccion, que no trataremos de justificar porque todos la confiesan, podemos añadir otras dos: que el Sr. Castelar ha demostrado su completa y absoluta separacion de las fracciones democráticas, y que éstas han entrado por consecuencia de los discursos de Carvajal, Sardoal, Labra, y sobre todo por las declaraciones últimas del Sr. Martos, en el período de las concesiones mutuas, que puede dar por resultado, y esperamos que lo dará, la realizacion de la Union democrática.

El Sr. Labra ha provocado una declaracion terminante y sincera del general Martinez Campos sobre las reformas de Cuba, y creemos tan importante este hecho, dada la atmósfera de que se iba rodeando el presidente del Consejo, que tributamos por ella un entusiasta aplauso al jóven y elocuente orador, alma de la Sociedad abolicionista española y uno de los más activos iniciadores de la Union democrática.

M. S.

EL OLMO Y LA HIEDRA.

Un olmo jóven y hermoso,
De vida y orgullo lleno,
Alzaba en un bosque ameno
Su ramaje esplendoroso.

Y viendo su lozanía,
Una hiedra trepadora,
De aquel bosque habitadora,
Muerta de amores vivia.

Supo el olmo el sentimiento
De la hiedra enamorada,
Y así dijo á la cuitada,
Con dulce y rumoso acento:

«¿Qué pesar, heidra querida,
Destroza tu corazon?»
«Una profunda pasion
Por tí», contestó afligida.

«¿Y cómo así retirada
Estás de tu dulce bien,
Si arde mi pecho tambien
Al calor de tu mirada?»

Ven á mi lado, bien mio,
Y entre los revueltos lazos
De tus cariñosos brazos
Calmaré mi desvarío.»

Y la hiedra, con premura,
Del olmo al tronco recubre,
Y todas sus ramas cubre
Con sábanas de verdura.

Y pasó una Primavera
De felicidad sin tasa,
Y un año y otro se pasa,
Y su amor más grande era.

Mas ¡ay! á tanto llegó
Su frenético delirio,
Que en doloroso martirio
El placer se convirtió.

Pues la hiedra, con locura,
Al darle al olmo su abrazo,
Hace que halle en su regazo
De sus caricias la hartura.

Que ella, de su amor henchida,
Sin ver que el placer se agota,

Va exprimiendo gota á gota
Del jóven olmo la vida.

Y aquel lozano verdor
Que ufano mostrara un dia,
Se trocó melancolía,
Y en fiero hastío el amor.

Entónces la hiedra amante
Su exceso quiso enmendar,
Y de la muerte salvar
A su amado, ya espirante.

Y sus lazos desatando
Fué del olmo, que moria
Con espantosa agonía,
Y así le dijo llorando:

«Si mi pasion desmedida
Ajar pudo tu salud,
Mi tierna solicitud
Hará recobres la vida.

¡En cuidado se trocó
De mi amor el frenesil...»
«Es ya tarde para mí»,
Dijo el olmo, y espiró.

Por el dolor desolada,
Vertiendo mares de llanto,
Así expresó su quebranto
La hiedra desconsolada:

«¡Entre mis brazos maté
Al sér que feliz me hacía!...
¡Era mi pasion impía,
Porque exagerada fué!

Si él al peso sucumbió
De mi delirante anhelo,
¿Qué he de hacer en mi desvelo
Sino seguirle?» Y murió.

Amantes, en los amores
Proceded siempre con calma;
Porque el exceso es al alma.
Lo que el cierzo es á las flores.

Y si llegais á sentir
Del hastío el dardo rudo,
Nada os servirá de escudo,
Pues sólo resta morir.

LUIS MORENO TORRADO.

MISCELÁNEA

EL TELELECTROSCOPO.

M. Senlecq, de Ardres, en Francia, ha presentado el plano de un aparato con que se propone producir telegráficamente á cierta distancia las imágenes recogidas en una cámara oscura. Básase el aparato en la propiedad que posee el selenio de ofrecer una resistencia eléctrica variable y muy sensible, conforme á las diferentes graduaciones de la luz. Consiste en una cámara oscura ordinaria que contiene en el foco un vidrio sin pulir y cualquier sistema de trasmision telegráfica autógrafa; la punta trazadora del trasmisor que se quiere ó pretende recorra la superficie del vidrio sin pulir, está formada de un pedazo de selenio sujeto por dos muelles que actúan como pinzas, aisladas y en conexión, el uno con una pila, el otro con el hilo telegráfico. La punta de selenio forma el circuito. Al deslizarse por la superficie, más ó menos alumbrada, de la placa de cristal sin pulir, dicha tinta comunica á diferentes grados y con gran sensibilidad las vibraciones de la luz. El receptor de trazar se compone de una punta de lápiz cortada muy fina, en contacto con una placa muy delgada de hierro dulce, sostenida casi como el teléfono de Bell, y que vibra delante de un electro-iman, regida por la corriente irregular transmitida por la línea. Dicho lápiz, sosteniendo un pliego de papel arreglado de modo que reciba la impresión de la imagen producida en la cámara oscura, traslada las vibraciones de la placa metálica con una presión más ó menos fuerte sobre la hoja de papel.

* * *

LA FLOR MAYOR DEL MUNDO.

Hasta ahora la flor más grande del mundo se había supuesto que era la *Rafflesia Arnoldii* de Sumatra y de las islas de Sonda, que mide cerca de nueve pies de circunferencia. Dicha planta, sin embargo, no goza en el día de semejante preeminencia, puesto que otra de flor más grande todavía hace poco tiempo la ha descubierto el Dr. Beccari en la parte occidental de Sumatra.

La planta recién descubierta es un aroido gigantesco, que el descubridor denomina

Conophallus Titanum. Por la descripción de dicho sujeto, sabemos que el ejemplar que él examinó poseía un espádice de cerca de 6 pies de largo, es decir, la talla de un hombre bien alto, y esto sin incluir la altura del cáliz, que era tan grande como la flor, desde donde el espádice se abre hasta la punta del apéndice estéril. Dicho espádice no era mucho más largo y grueso que el tallo de algunas hojas (que, medidas, encontró de 20 pulgadas de largo y tres de espesor), de un color verde, marcado de pequeñas manchas esféricas blanquizas.

El diámetro mayor del cáliz era de cerca de 3 pies y 28 pulgadas de profundidad, de forma acampanada, con orillas denticulares hondas, estrechamente ligadas. La porción más honda del interior era de un verde muy pálido y el limbo de púrpura brillante que tiraba á negro.

El exterior del cáliz era verde pálido, muy liso hacia abajo, pero muy arrugado hacia arriba. Sacado el espádice del cáliz, medía más de 5 pies, porque ocho pulgadas de su trayecto solamente estaba cubierto de pistilos debajo y de estambres arriba, faltando del todo los órganos estériles ó antenas.

El apéndice, en consecuencia, se reducía á un total de 4,25 pies de extensión, con un diámetro en la base de 8 pulgadas, que se adelgazaba gradualmente en forma cónica hasta rematar en punta roma. La superficie del apéndice era bastante lisa, aunque con arrugas ó estrias anchas en sentido longitudinal. El color era amarillo sucio en la base, que se tornaba casi livido hácia el tope. Las hojas de la planta se parecen bastante á las del *Amorphallus Campanulatus*, aunque mucho mayores, pues que cubrían un espacio de 45 pies en circunferencia, midiendo 5 el tubérculo. El Dr. Beccari ha remitido unos pocos de éstos á Florencia, donde han llegado en buenas condiciones para la reproducción de tan rara planta.

TEATROS.

Al del Príncipe Alfonso asiste todas las noches inmensa concurrencia, pues la actual empresa ha puesto en escena el baile *Barba azul*, que tanto ha agradado al público. Ha obtenido, como en la época de su estreno, el aplauso de la concurrencia, que admiró la riqueza de los trajes y el *atrezzo* y la belleza de las decoraciones.

Emilia Pinchiara alcanzó una verdadera ovación en el acto segundo, viéndose obligada, entre los bravos del público, á repetir un difícilísimo paso.

En esta semana debutarán en este teatro dos notabilidades, el *Hombre mono* y *Vain Rata*.

—Ha sido contratada para trabajar en el circo de Price la célebre compañía de baile infantil, denominada de los «Niños florentinos», bajo la dirección de Mr. Velle, renombrado prestidigitador que nos dió á conocer los espectros luminosos el año 64. Dada la inteligencia del director del circo, Sr. Parish, y la justa fama del Sr. Velle, creemos que el espectáculo merecerá la atención del público.

—El célebre clown inglés Mr. Willy Hayden no hará su presentación, en el circo de Price, hasta la semana próxima, por haberle rogado sus numerosos amigos y admiradores del circo donde actúa, permanezca entre ellos ocho días más.

BIBLIOGRAFÍA

CRÓNICA DE LA MÚSICA, NÚMERO 42.

TEXTO.— Nueve premios.—II. Feliciano David, estudio sobre su carácter y sus obras, por E. Reyer.—III. El piano rabioso, cuento fantástico por Héctor Berlioz.—IV. La Marcha real española, por Manuel Lopez Calvo.—V. Audiciones y conciertos. *Laura Debelan*, ópera nueva del maestro D. Mariano Obiols. Un concierto en Valencia y otro en Valladolid.—VI. Los teatros líricos. *María di Rohan* en el teatro de la Alhambra. Los preparativos del teatro de la Grande Opera de Paris.—VII. Velada musical. Una colección de obras del maestro D. Rafael Hernando.—VIII. Noticias varias. El *Nocturno* que publicó la CRÓNICA DE LA MÚSICA y la opinión de la *Gazzetta musicale di Firenze*. La unión de Vico y Calvo en el teatro Español. Monumento á Bazin. Una obra nueva de Fernando Grajal y otra de Jimenez.—IX. Anuncios.

MÚSICA.—*Crisálida y mariposa*, vals por V. Costa y Noguerras (seis páginas).—II. Un aire de mi país, muñeira, por Varda Silvaris (dos páginas).